

Lola López Díaz
Martín Lucía
Manuel González Seoane
Paco Morata
Marisa Morata Hurtado
Enrique Galindo
José Rosell Villasevil
María Antonia Ricas
Lola Muñoz
Marina Riaño
Luis Pablo Gómez Vidales
Jesús Pino
M^a Magdalena Castaños
Antonio Contreras Lerín
Juan Carlos Pantoja Rivero
Joaquín Copeiro

Ilustraciones:

José Morata Moya
Luis Pablo Gómez Vidales
Rosa Hortelano

HERMES



REVISTA LITERARIA ESTACIONAL

Hermes II, Toledo, 2006

Revista Literaria Estacional

2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

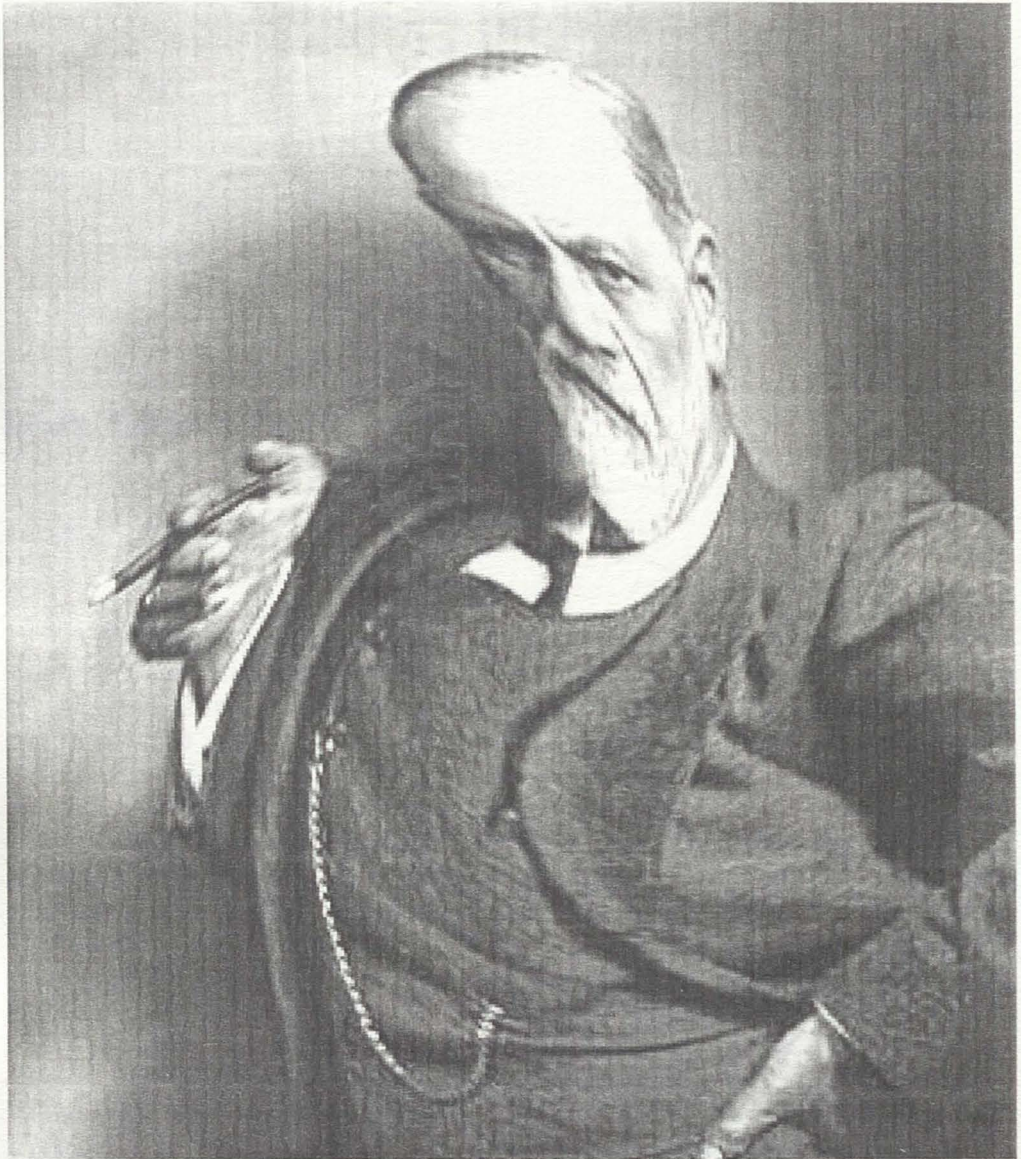
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

HERMES 2



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**



Lola López Díaz

urbs, urbis

Últimamente todo el mundo me llora. Mi madre dice que es cosa de familia, que a ella toda la vida le ha pasado lo mismo. La diferencia está en que mi madre es santa y yo no. Yo sólo soy mártir. La cosa empezó a alarmarme cuando el otro día llamé a la Fontanería y la telefonista, sin más ni más y como quien no quiere la cosa, me contó sus cinco partos. Y yo diciendo a todo que sí, que qué barbaridad, mientras el bote sinjónico que dice Teófila, mi asis-tenta, borboteaba alegremente, ¡pero cualquiera se ponía a mal con la mensajera del artista! Y luego están las amigas que te llaman, un día sí y otro también, a contarte sus penas y que después de descargar sobre ti sus agobios e infortunios, te dicen: «¡uf, que desahogada me he quedado!» y cuelgan el teléfono dejándote sumida en la más profunda de las angustias; o la señora que va a mi lado en el autobús y te dice que va a ver a una sobrina que se está muriendo de cáncer con sólo veinte años; o el anciano de buena pinta que te relata, también en el autobús, las pe-

nalidades que pasó en el Frente del Ebro; o la mujer de mediana edad que conoces en alguna boda o festejo y nada más verte te cuenta la depresión por la que está pasando; o el marido de la amiga que, aprovechando un aparte, te dice que su jefe lo está machacando y que quiere morirse... Menos mal que tengo un repertorio estupendo de caras de comprensión y expresiones de consuelo. Mi hija dice, con muy buen tino, que debería poner un consultorio, que por lo menos sacaríamos algo en limpio. Y para colmo a la Teo le ha dado un ataque de ciática y no se puede mover, la pobrecilla. Claro que, gracias a la ciática de la Teo, he hecho uno de los mejores descubrimientos de los últimos tiempos: he descubierto los extrarradios, he descubierto los trenes de cercanías, ¡he descubierto Móstoles!

Iba yo a visitar a mi fiel servidora a Móstoles, donde habita, en plan de arriscada exploradora, dispuesta a sortear con ánimo las que yo creía innumerables dificultades de tan larga travesía cuando, héteme aquí, que me encuentro con un tren impoluto, comodísimo, en el que suena música clásica, con paneles que indican la hora, la temperatura y demás datos útiles, y que hace el recorrido en un periquete. Y, luego, los usuarios leyendo todos su periódico o su novela. Parecía que en lugar de encontrarnos en la ruda estepa castellana, estábamos atravesando la campiña inglesa rumbo a la City. La familia de la Teo se quedó un poco extrañada de mi entusiasmo y es que, claro, ellos están acostumbrados a los adelantos de la era tecnológica y todo les parece de lo más normal.

Porque ésa es otra, ¡vaya nivel el de la familia de la Teo! Damián, el hijo mayor, que vive allí orilla, me llevó a que viera su casa y me quedé patidifusa, ¡la de cosas que tiene! Tiene aparatos que yo no sabía ni que existían y, además, todo lo manejan con mando a distancia y con

artilugios electrónicos. Pero lo que más me impresionó fueron las ventanas. No sólo las del Damián, las de todo Móstoles. ¡Qué gloria de ventanales en la mayoría de las casas! De buenísima calidad (que eso se nota a la legua) y todos haciendo cuadraditos, como los ingleses. Y las ventanas del Damián son de cristal doble ¡y las persianas van por dentro y se suben y se bajan con un imán! Y de ordenadores, hidromasajes y cadenas de música prefiero no hablar no sea que se enteren mis hijos y nos corran a gorrazos a su padre y a mí.

Total que volví a casa hecha polvo porque los que vivimos en el centro de Madrid somos unos atrasados y unos cutres. Pasar de la casa del Damián a la mía es como pasar de la Guerra de las Galaxias a las Cruzadas, ¡qué digo a las Cruzadas! ¡a Atapuerca!: mucho cuadrito, mucha alfombrita, mucho detallito de buen gusto, mucho libro. Mucha mandanga. Pero carecemos de lo más imprescindible para tener la calidad de vida esa que dicen. Pero si la cocina de la Teo es mil veces mejor que la mía, ¡qué encimera! ¡qué electrodomésticos! ¡qué todo! Tiene un mérito enorme, la mujer. Avenirse a trabajar en una anti-gualla de casa como la mía teniendo una casa a la última como la suya...

Martín Lucía

Moribundo

Abrió su voz
y era un muro de plomo.
Abrió su garganta
y ya habitaba
el primer insecto.
Miró sus ojos.
Entendió todo.
Decidió, entonces, mirarla.
Y decidió hallar con ella la última noche,
en vez de lamentar el último alba.

Martín Lucía

Palabra de Benedetti

Dice y dirá Benedetti
(porque los poetas siempre serán ahora)
que hay ciertas etapas
que no se borran.
Yo, por ejemplo, aún no he borrado
tu pezón punzante
acechando mi espalda,
mientras tu generoso pubis,
algo más abajo,
aguardaba el eco solitario
del golpeo de mi virilidad.

No sabe Benedetti, sin embargo,
que este, mi recuerdo,
aún está, en ti, por llegar.

Por entre mis recuerdos, mis amigos

Cuando vayan marchando
supongo que los soñaré jóvenes,
la vida en un vaso,
los pies en la vida,
la vida en un horizonte.

Cuando falten los amigos,
quienes siempre perdonaron
las úlceras de mi verbo,
mis caprichos...
supongo que los soñaré a mi lado.

Martín Lucía

Y si yo faltó,
siempre tendrán estos versos
que ahora termino,
que ya he terminado.

Desnuda

Te hallé desnuda.
También dormida.
Quizá me habías estado esperando
y yo llegaba tarde.
O quizá habías comprendido
el porqué de tanto dolor.
Quizá era una protesta a la vida
por su mano torpe.
O quizá me habías estado esperando.

Ciudades

Otra ciudad.
Otras avenidas
huérfanas de paso.
Otros bancos
para las mismas ausencias.
Otra ciudad,
mi mismo dolor.



Manuel González Seoane

MICRORRELATOS (1)

necrológica, 15 de octubre

Galf Ingels y su esposa Lúa han fallecido en accidente de tráfico cuando regresaban a su hogar desde una localidad costera. Con su desaparición, una vieja y prestigiosa lengua, el babelio, ha muerto también. Miles de adjetivos, sustantivos y verbos, algunas preposiciones, conjunciones y adverbios, y menores cantidades de otras partículas de diversa índole, se han disuelto sin remedio en la atmósfera tibia de este otoño a la vez que se extinguía la vida de sus dos últimos hablantes.

Desde hoy, ninguna madre volverá a sosegar con un antiguo cuento a su pequeño angustiado por las pesadillas, ni la vieja lengua será la elegida por el plenilunio para hablar a dos adolescentes tumbados en el verano de la playa; nadie amará en babelio, ni padecerá tampoco. Otras palabras seguirán vivas para llorar y consolar, comprar y vender, saludar y despedir, mas no por ello el vacío será menor. Mañana, en el funeral por los Ingels, no habrá quien

pronuncie una oración en su antigua e ilustre lengua, pero eso casi no importa: con ellos también se ha ido el único Dios que habría podido entenderla.

la noche que fui otro

Era ya bastante tarde. Al llegar a la habitación deshicé la maleta y después, descalzo, fui hacia la cama para probar el colchón. Al voltear la almohada lo vi: era un camisón –de raso, creo– con dibujos de pequeños corazones rojos. Contrariado, tomé el teléfono; estaba claro que se trataba de un despiste del personal del hotel. Se me habían quitado las ganas de dormir allí, ¿quien me garantizaba que el despiste no incluía el olvido de cambiar las sábanas?... El teléfono no funcionaba -otra contrariedad-, así que después de calzarme me lancé hacia la puerta rumbo a recepción. Pero no salí: cuando pasaba al lado de la puerta del baño, oí la ducha; el chorro de agua se entrecortaba explicando que allí, en la bañera, había alguien. Se me iluminó la mente: era indudable que el despistado era yo, me había equivocado de habitación, Dios mío qué apuro. Reaccioné con rapidez, abrí la maleta en la cama y comencé a guardar mis cosas con urgencia. Cuando casi había concluido, la puerta del baño se abrió a mis espaldas. Incapaz de girarme aguardé dos o tres larguísimos segundos durante los cuales, con los ojos cerrados, mi organismo se parapetó dispuesto a recibir gritos e insultos. Pero la voz que oí, para mi sorpresa, no mostraba enfado: -¿Como has llegado tan tarde?, ¿se retrasó el vuelo?-. No comprendía nada, una sensación angustiosa de irrealidad me paralizó; aunque reconocí mi voz fue otro el que contestó: Sí, creo que hay huelga de celo-. Yo, que había abierto los ojos pero continuaba paralizado, sentía su presencia aún sin

verla. Sabía que era joven y extranjera. Oí cómo buscaba algo en el armario y, después de cerrarlo, volvía al baño. Eché mano a la maleta y salí de la habitación tan de prisa como pude. Pagué sin dar explicaciones al recepcionista, a pesar de sus preguntas y gestos de preocupación. El aire fresco de la noche me reconfortó ligeramente. Ya en el taxi, me prometí olvidar para siempre lo que había ocurrido aquella noche.

un tropiezo cualquiera

Tropecé con ella en plena calle, y se paró el mundo. Fue un encuentro visceral y con banda sonora de Vangelis. Sobre la música de Carros de fuego nuestros cuerpos, en lugar de colisionar y retroceder, se traspasaron. Primero penetraron las cabezas: mi cerebro y el suyo intercambiaron pensamientos y emociones; supe, por ejemplo, que ella detestaba el calor adelantado de junio y que se moría por una caña fresca en cualquier lugar que tuviera aire acondicionado. Luego, los pulmones; ahí salió perdiendo porque soy un fumador empedernido y más tarde noté que mis alveolos andaban más ligeros de alquitrán. Nuestros estómagos, sin embargo, se entendieron, pero ignoro el motivo, tal vez por la coincidencia de su intersección con la de nuestros corazones que apenas dejó espacio para sentimientos distintos al desconcierto. Ambos latieron una sola vez al unísono, empleando la misma cadencia, un idéntico lenguaje. ¿Cuánto duró? ¿Un milisegundo, quizá? Suficiente. Como en una gran campanada a dos metros de distancia, todo lo demás dejó de existir. No creo que nadie se haya enamorado nunca así, excepto yo. Ahora sí que ella, sin embargo, había conseguido otras billeteras usando el mismo procedimiento.

la conferencia

En la cola, mientras esperábamos la documentación inicial del congreso, había cambiado un par de palabras con la chica de atrás, y eso me dio alguna esperanza. Oí que al llegar al mostrador sugerían la posibilidad de utilizar unos auriculares portátiles para la traducción simultánea, y vi que los tres o cuatro jóvenes que me precedían declinaron el ofrecimiento. Cuando fue mi turno hice lo propio y sólo recogí la carpeta con los distintos documentos. Remoloneé esperando a mi amiga hasta que me cercioré de que había huido hacia un grupo próximo. Entré en la sala quince minutos antes de la hora, eché cuentas y me salieron casi dos horas de aburrimiento.

Comenzó la conferencia y seguí con atención la lectura del primer folio del ponente, lo cual tuvo mucho mérito por mi parte porque no sé nada de inglés. Me confortó bastante, sin embargo, la mirada respetuosa de algunos compañeros cercanos con auriculares. Aun así, me aburría ferozmente. Pero a la altura de la mitad del segundo folio todo cambió.

Reparé en la zona izquierda del escenario donde, rodeada de penumbra, bajo un chorro de luz halógena, una intérprete explicaba la conferencia en lenguaje de signos. Era un prodigio de narración desbordante, que transmitía con todo su cuerpo un cuento maravilloso al que difícilmente se podía relacionar con las palabras del orador. Casi no pude apartar los ojos de ella en todo el tiempo. Sólo lo hice un instante, lo justo para advertir que no era yo el único que había dejado de aburrirse.

la hermana de jano

Fue toda una revelación. Jano era mi mejor amigo, y su hermana, Alicia, la niña más guapa del universo. No se me borra el día en que supe que él la espiaba en la ducha. Me lo contó sin evitar los detalles: ella lo sabía y no le importaba, y por eso no colgaba la toalla del picaporte interior tapando el agujero de la cerradura, ni tampoco corría la cortinilla de plástico que la ocultaría si lo deseara; llegó a asegurarme entre risas que, bajo el chorro de agua, se exhibía ensayando posturas copiadas de los anuncios y las películas. No quiero olvidar el pasmo con que recibí, palabra a palabra, la revelación de aquel pequeño secreto, ni todo lo que vino después. Apagó la luz, me buscó en la penumbra del salón y susurró: «A Jano ni palabra, ¿eh?».

Paco Morata

sátiro y ninfa

i.-

desde tu sueño en círculos acechas
la piel de una doncella de encendida
melena incombustible
la hipnosis que provoca
con un batir de labios su sonrisa
su voz de calamita
el alfinde de plasma esclarecido
de sílice licuado
que aloja su mirada
el juego adolescente
me ofrezco y no me vendo
el roce que apetece aunque sea
fugaz e irrepitable

a su lado disfrutas la locura
tantálico el placer de tu deseo
por nunca satisfecho

ii.-

de repente se eleva
con la enérgica voz
que impone la belleza
como estilita altiva
alzada en la escondida
plaza donde concurren
todas tus fantasías

crece en la oscuridad
es una luz fecunda
el rayo de una aurora
boreal que germina
del vientre de la noche

todo lo que te ofrece
desnuda como un sable
debajo de las ropas
alguna vez quizá
lo hayas degustado
pero es nuevo el momento
que esta vez se repite
cuando sobre su cuerpo
resbalan los tejidos
y tú los sustituyes
por el rescoldo húmedo
que traspiran tus manos
el frío que te enciende
la espalda acariciada
el humo de su vello
enredado en tu lengua

la espada palpitante
amenaza la herida
que besas con los ojos
los labios florecidos
de la boca y la rosa

adelanta las ingles
penetras en la hoguera
milímetro a milímetro
como el taladro lento
que perfora un diamante
hasta sentir el flujo
de su pasión ungiendo
el rizo de tu sombra

sólo quieres que ella
deje escapar tu nombre
que te busquen sus manos
y cruja y se estremezca
como un bajel antiguo
alrededor del mástil
sin velas de tu hombría

iii.-

acaso sólo importe
la amorosa delicia
apurada con pausa

quién sabe si al alzar
sobre tu piel el alba
su espejo donde el sol
recrea la mañana

Paco Morata

sea para inclinarse
tocada de tristeza
a besar los despojos

puede llegarse el sino
emboscado en su abrazo
de súbita anaconda
y sofocar a un tiempo
tu feraz juventud
mi estéril decadencia



Marisa Morata Hurtado

El color de la mentira»

«A mí también me gusta el barro», dijo ella. Le manchaba la cara con el lodo grisáceo.

A mí también me gusta. Se manchaba ella.

Hace días que no sé... no sé muy bien. Y caminaron embarrados y sucios hasta el porche. En el porche había sillas y perros y se veían bien las nubes que hablaban.

Era fácil sentarse así, como si uno no estuviera metido en el lodo hasta el cuello y mirarse las caras sin ver las manchas. Recostarse un poco en los sillones de madera y notar las nalgas húmedas contra el cojín amarillo. Qué silencio en aquel brazo, que bajaba hasta apoyarse en la madera y acabar en una mano larga y gris, con barro entre las uñas. Qué silencio el de aquel sol sobre la tez tensa de barro y agua seca, aquel sol bajo el porche que iba y venía una vez tras otra sobre el brazo. Qué silencio. Sin embargo él empezó a fumar. Verlo con el cigarro distraía más que cualquier otra cosa, cualquier otra mancha de barro. Tenía los labios secos y fumaba lento, los dedos manchaban un poco la boquilla y lo miraba un rato, consumiéndose, entre su índice y su dedo medio. Movía la mano mientras los dos la

miraban.. Como una mosca.

Ya no hacía falta hablar de que hacía días que. .. Así, con la lentitud con la que avanzaba el tiempo, tranquilamente posado en los brazos y los cigarros del porche, no era necesario en absoluto.

Sin embargo, tenía que decirlo. Tenía que decirlo porque le ardía por dentro como una brasa encendida, pero era difícil hablar después del barro y las uñas y el sol del porche. Así que se balanceó suavemente en la mecedora, apoyando la punta del pie desnudo en una de las losetas ardiendo y mientras iba y venía, como el sol, veía la larga extensión de su brazo en el final de la madera. La acariciaba, la tocaba. Una mosca vino a su barro y sopló. Pero no se iba. Tenía que decirlo.

Mientras, él fumaba. A veces se miraban, recostados, muy callados, con los ojos un poco entornados por el sol y las horas. A veces alguien tosía un poco. Las cortinas se movían sin saber bien mecidas por qué aire y tintineaban constantemente al chocar con la puerta, al chocar entre ellas. De los balcones brotaban algunos geranios, que salían más allá de rejas y sequías. Se removió un poco en el sillón. Se le estaba pegando el cojín al barro. Pero no podía mover el brazo, tan terso, tan poco suyo ahora... Lo veía en su silencio, más allá de lo que pensaba, de lo que miraba. .. y se sentía incapaz hasta de hablar.

Hace unos días que qué. Por fin le preguntó él, sin pregunta, lanzando la colilla con fuerza a la extensión de chinarro. Sin tono ni melodía, sin voz. Pero ella siguió mirándose el brazo y bailándole un poco el pie, allá en el suelo, para dejarse llevar por el ritmo cadencioso y ton-ton, ton-ton, ton-ton de algunas mecedoras. Cerró los ojos. Cómo hablar después del barro y del cigarrillo. Encima de la mesa se destripaba un periódico. Algunas ráfagas de aire, qui-

zás, el aire de las cortinas, el aire que nadie notaba, lo había abierto de par en par y roto las entrañas, que ahora se movían a trompicones muy espaciados fuera del porche, en el desierto de chinarro.

El ruido de las hojas, de vez en cuando, hacía que ella abriera un ojo.

De qué estábamos hablando...

Si tenía que decirselo, ya se lo diría, las cosas funcionan así, lo que tiene que ser, es, funcionan así. Pero quizá ese era el momento. Pero quizá, quizá. Irse otra vez a pasarse estiércol por los cuerpos desnudos, ayudaría. Por suerte la casa estaba sola, sola con los perros y las nubes de vez en cuando.

Cuando se le cayó de sueño el brazo, cuando dejó su apoyo cómodo y de madera para quedar colgando mecedora abajo, fue el perro gris el primero en lamerle las yemas de los dedos. Las uñas. Sólo había sido un segundo, pero él no estaba.

Lo vio lejano, un sol mucho menos amarillo, con otro cigarro en la boca, caminando hacia el periódico. Hacía más viento. Lo notó en cómo corrió tras las hojas, clavándose las piedras en la planta del pie. Lo supo en cuanto lo vio correr y las hojas blancas saltar la valla y él resignarse a perder las noticias grises de un periódico regional con fotos en color y titulares sin tildes. Quedó parado frente a la reja y vio el periódico al alcance de su mano, del otro lado. Finalmente escupió a través de un roto de la valla y apagó el cigarro en el cemento donde se apoyaba. Lo dejó allí.

Ella le sonrió al verlo venir. Él jadeaba un poco y se le movían los brazos al andar.

Cuando se puso el sol, quizá horas después, decidieron entrar en la casa. Las noches eran frías allí. A pesar de agosto, a pesar del barro y el sol sin aire, en mitad del



salón había, marchito, un árbol de Navidad. Si se pasaba rápido por su lado era fácil que cayeran algunas ramas secas o que botara por todo el suelo con un sonido de juguete alguna de las bolitas doradas, con trineos y campanas dibujadas. Uno paseaba distraído, callado, por el comedor y de repente, sonido de bola de Navidad a lo largo de toda la casa, y se extendía por el pasillo y subía por el tubo de la chimenea. Era ensordecedor, persistente, un bote medio metálico, medio de plástico, a lo largo y ancho de toda la casa.

Lo mejor era decírselo. O lo mejor era callar. A veces sentía la necesidad dentro, pegajosa, peluda. .. como una bolita de barro en el vientre. Y sentía ganas de mascarla y escupírsela a la cara sin mirar. Para decirle luego muchos lo siento y arrodillarse ante él si hacía falta y empezar a comérselo por las orejas, comérselo llorando y diciéndole lo siento, lo siento, pero te muerdo, te como, te hago daño. Él tosió, acostado en el sofá, con un libro en las manos. Ella se distraía en una silla de anea quitándose el barro del cuerpo. Frotaba una mano contra otra y caían virutas negruzcas al suelo y algunas quedaban cerca de una de las bolas de Navidad y otras desaparecían antes de caer o naufragaban en las ondas de su vestido. Se miró las uñas y, con la mano contraria, se metía un palillo por dentro y sacaba a trozos la tierra que le quedaba. Había sido divertido.

«Voy a ducharme», dijo ella. Él levantó un poco la mirada y se colocó bien las gafas. Se estaba durmiendo. «Voy a ducharme», dijo ella. Y la miró sonriendo un poco, callado, para después ponerse de lado y sujetar el libro con una sola mano.

Mientras se inundaba la bañera, atascada, vieja, se iba poniendo el agua negra y ella se frotaba con fuerza y jabón

el pelo para que no quedaran restos. Mientras le corría el agua por los muslos y las piernas, pensaba en qué quería decirle. No sería fácil.

Realmente hay cosas que no es tan importante decir, que no es tan importante callar. Pero lo peor es sentir que uno es mentira. No que los demás lo sientan, lo peor es sentirlo en uno mismo. Entonces le costaba acostumbrarse a la aspereza del barro entre los dedos de los pies, acostumbrarse a tocarse la cara si sabía que no era verdad. Y además, cobarde, una cobarde mentira que ahora se subía a la pata coja sobre una báscula de otro tiempo. La aguja inestable por su desequilibrio y finalmente dejar caer el pie en el suelo y apoyarse en la mampara de la bañera y mirarse los pies desde allí. Ni siquiera miró la cifra que marcaba la aguja temblona.

Salió envuelta en la toalla, a lo largo de todo el pasillo desenredándose el pelo con cuatro dedos, dedos-peine. Caían las gotas redondas y grandes en el polvo, ahora embarrado, que cubría el suelo. Era fácil olvidarlo todo a ratos, cuando una está con los dedos entre los mechones fríos, aun con restos de barro. Era fácil, a ratos, creer que no había nada que contar, ninguna mentira por vomitar en caras de nadie. No era necesario, en lo que duraba el pasillo, no era necesario, en absoluto, con pasar los dedos repetidamente por los mechones largos y mojados, con ir notando poco a poco abrirse paso con las uñas y las yemas y los huesos, con notar esa agua entre los dedos, era suficiente. Nada de lo demás era necesario. Ni siquiera él, libro, gafas, sobre el sofá, que ya estaba de nuevo al alcance de su mano, de su mentira. Le sonrió cuando la miró.

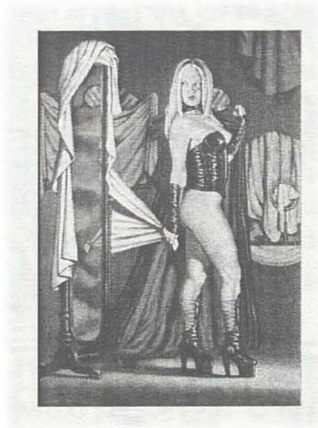
Se sonreían. Si no hablaban, se sonreían. Porque una sonrisa era «no pasa nada», a pesar del silencio, a pesar de las bolas de Navidad, a pesar del barro y los periódicos rotos,

no pasa nada, cielo, amor, te sonrío y ya no pasa, no callo, nada. No sabía bien si leía con los ojos muy cerrados o si ya estaba durmiendo. Era capaz de mantener la postura rígida, perfecta, aunque durmiera. El libro como si lo leyera desde el otro lado de la conciencia. Se hizo un hueco en el sofá, al lado de su cuerpo tendido. Se tocó las plantas de los pies descalzos. Agua, polvo mojado. Se le pusieron los pelos de punta, un poco de asco, de náusea, de silencio. Tal vez, frío.

Despertó, porque dormía, e hizo como que seguía leyendo mientras ella le miraba el rostro de cerca. Estar tan cerca, a veces, volvía a ser nuevo. Él, a ratos, se incorporaba un poco, la miraba extrañado, con el cuello retorcido, y no entendía las plantas sucias de sus pies. Tampoco esa cercanía repentina. Después del barro, después de todo... Para ella, después de la mentira, todo era nuevo, distinto. Cómo no iba a serlo, si todos sus pensamientos tenían algo de culpa, de secreto callado, si todo lo que decía ahora le sonaba al mismo color, y lo miraba él, en su estrepitosa ceguera y negaba con la cabeza. Cómo podía no notarlo, cómo podía fingir que no lo notaba... Una cucaracha cruzó la cocina. Ella la vio mientras él leía. Hizo un poco de ruido una de las bolitas de Navidad. Suspiró, suspiró fuerte y del aire, de la bocanada, cayeron del árbol algunas ramas secas. Lo miraba... aún con barro, llenando de tierra el sofá. Miraba sus dedos, dejando huella en las páginas del libro. «¿Qué estás leyendo?» dijo ella, aunque lo supiera. «¿Qué estás leyendo?», dijo ella. Todo el mismo color... y continuaron cayendo, de vez en cuando, ramitas y bolas de plástico. Cruzaba alguna cucaracha y cada vez más de noche, mientras al otro lado de la valla, donde ni siquiera llegaba el color de su mentira, seguía abierto en canal un periódico de noticias viejas y fotos de colores. Al otro lado de la valla, mientras ella seguía callando.



J. Morata
2.005



Enrique Galindo

reflejos de tu amor

Era largo, bordeado de madera de roble, montado sobre un eje balancín. Estaba hecho para ella. Cuando lo llevaron los operarios de la tienda de muebles al habitáculo de su nueva ama tocó un cielo. Casi se vuelve opaco en el instante que aquella criatura angelical se expuso frente a él de cuerpo entero, eran de la misma talla, al natural y le permitió el deleite de reflejar su hermosura. Fue dichoso de servirla con la función para la que fue creado: testificar la realidad; mejor cuando esta es bella y con cuerpo de mujer. Su goce le hizo añorar otros tiempos cuando los de su especie dirigieron el mundo desde su palco, asesorando la belleza y el destino de las damas, a través del exhorto: «Espejito, espejito, ...»

Un día tras otro se sintió feliz de ayudar a ese encanto a acicalarse. Disfrutó de su cuerpo, sus vestidos, sus peinados y cambios de color. Se recreó con la convicción de que ella era más linda gracias a su presencia y madrugada tras

ocaso su imagen se fue filtrando en su corazón de cristal. Ella era suya, su refracción le pertenecía. Sí, había otros pero éstos solo reflejaban un instante su rostro o su vestido, en un ascensor o un baño público. Él gozaba la exclusividad de sentirla como nacía, ver su piel bronce y tersa, y evaporarse cuando perfilaba sus labios de escarlata y le dirigía un beso de despedida:
Adiós, espejito guapo.

En una ocasión, ella no vino sola, la acompañaba otro ser de su misma especie; poseía el pelo corto, negro, tenía una sombra de vello en las mejillas. Mi adorado reflejo se mecía en sus brazos, juntaron sus cuerpos, se observaron frente a frente, a dos centímetros breves, aunque sin reflejarse. Agruparon sus bocas, se quitaron la ropa y ella quedó al natural, como yo la veía cada amanecer, cara a ese nuevo ente. Jugó con él al juego que jugaba conmigo, primero de frente, luego él encima; había algo extraño entre sus piernas.

Lo abordó un temblor, una emoción intensa y desconocida lo inundaba estremeciéndolo. Vibró hasta que a un crujido tenso le siguió una catarata de cristales rotos en una tremenda convulsión.

¿Qué ha sido ese ruido? -la pareja cesó sus juegos alarmada y miró hacia el rincón, donde quedaba sólo un marco de roble; en el suelo una colina de cristales rotos.

El chico notó en el tobillo un hilo de sangre que se deslizaba hacia la planta. En el lecho, de apenas tres centímetros, una esquirla de vidrio.

la mala suerte

Justo en un día de tiempo revuelto, agua en chirimiri y vientos asesinos, me sacan afuera. No podía esperar la reparación del tejado al fin de la tormenta, no. Esto es una crueldad perpetrada sobre una pobre escalera que no ha cometido infracción alguna ni dañado jamás a nadie y sólo pretende echar una mano allá donde se la necesite, siempre y cuando no se exceda de su confianza y sea obligada a trabajar en condiciones ajenas a su voluntad.

Encima me dejan sola y se van, con el frío que hace. El fresco trae mala suerte. Con lo contentita que estaba yo, protegida en el garaje a pesar de aguantar la pestilencia del impúdico coche ése, cuando lo encierran. Y, heme aquí, esperando sepa dios qué, mientras calo mis maderitas.



Viene alguien. A lo mejor se apia-da y me da cobijo. Pero ... ¿y si pasa de largo?; o peor: ¿y si pasa debajo?. Si pasa debajo ... sería el fin, la Mala Suerte entraría en mí y dejaría de ser una escalera común. Viene hacia aquí, y no hace ademán de desviarse. Esto puede ser espantoso. Si pudiera gritar: ¡Oiga, que no; no es por debajo de mí!, ¡no puede pasar, oiga,... la mala suerte ...¡jes-cúcheme!

Pasó. No me lo puedo creer -encima de burro apaleado-,

he sido ignorada y ha franqueado mis travesaños. Es mi sino por exponerme a la intemperie. Ya no seré la misma, todo saldrá mal. A mi hermana, con la que compartí árbol del prado, fue horrible, a ella un gato, uno negro de esos que a veces nacen, aunque mal nacidos, como el que en estos momentos... ¡Un gato negro en estos momentos intenta subírseme!. ¡Dios Escalinata!, esto es peor de lo que nunca imaginé. Un gato zulú pone sus mugrientas patas en mis troncos, y, lo que es peor, comienza a trepar. ¡A mí me da algo!. ¡Fuera bicho, largo! Ni caso. Sube hacia el tejado. Ya nunca seré la misma; un estigma a tocado mi cuerpo; mi destino será poco menos que la hoguera; la Mala Suerte me ha llegado. Fin. Esta historia muere conmigo. ¡Me desplomo!; me caigo. ¡Oh no, un charco!

.....

la silla

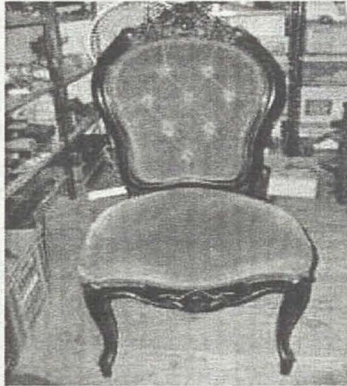
Harta ya de aguantar ese culo gordo encima de sus aneas decidió suicidarse rompiéndose una pata.

Su vida fue dura y maloliente. Llegó a la casa de una señora grande, con un marido misterioso y poco hablante un día soleado de enero del sesenta y ocho. Cinco niños, si es que se le puede llamar así a unos duendes bufones que la acosaban y la sometían a torturas inquisitoriales. Le ataban a Grandullón a una pata. Y el bicho-chucho semejante la arañaba, la mordía, se meaba en sus bien curtidas bases. Se subían encima los monstruos bufones de camiseta deshilachada y saltaban. La empleaban de trampolín. La humillaban. La vejaban. El chu-

cho-bicho la odiaba. Ella, la querida por su fabricante, la esbelta, la llamada a brillar y eternizarse por los tiempos. La digna de un palacio de ámbar.

El marido no decía nunca nada. Delgado como un hilo de seda murió hace ya; tal vez de un berrinche contenido. Pero el culo. El culo gordo era su suplicio. Venía. Anunciaba su llegada con un olor pestilente. El tufo se percibía antes de que entrara en el zaguán. Y entonces... Era el llorar y el chirriar de dientes. Ya le dolían las maderas y sudaba de pensar lo que sucedería: la muerte en peso; la tierra entera sobre un guisante.

Por eso lo determinó. Se serró media pata. Lo justo para que al llegar el gordo cayera sobre ella por ultima vez y recogiera sus astillas algún ángel compadecido.



José Rosell Villasevil

Cervantes y el entierro del conde de Orgaz

La bellísima torre mudéjar de Santo Tomás Apóstol, mejor conocida en Toledo por Santo Tomé, es uno de los signos más emblemáticos de esta ciudad milenaria, emporio de glorias y relicario de culturas. De su antigua edificación, quizá el templo más antiguo de los que fundara el Rey Alfonso VI, no queda hoy absolutamente nada; del que en el s. XIV reconstruye el gran mecenas don Gonzalo Ruiz de Toledo, poco más que esa torre coquetona, castiza y atractiva que atenaza para siempre la voluntad de quien la mira. El resto del templo volvió a reedificarse de nuevo, muy recientemente, dejando un conjunto de escaso valor arquitectónico, tanto externa como internamente. No obstante, en ese anodino recinto se conserva una de las joyas más singulares y sugestivas de la pintura universal; me refiero, obviamente, al famoso cuadro obra del pintor cretense Dominico Teotocópuli, «El Greco», que ostenta el archiconocido título de «El Entierro del Conde de Orgaz».

«El Greco», personaje enigmático de oscura biografía, ignorado prácticamente durante muchos años -cerca de tres siglos-, así como su revolucionaria pintura, llegó a la Ciudad Imperial en 1577 al objeto de forjar y pintar los retablos de la iglesia del Convento de Santo Domingo El Antiguo, a cuya cripta vendrían a reposar sus restos mortales. Y en Toledo se quedaría para siempre, atrapado en las redes de la hechicera Ciudad del Tajo.

La personalidad humana y artística del pintor candiota es de tal calibre, pese a las lagunas biográficas que tratan de velárnoslo, que tocarla, aunque sea someramente, escapa a los límites de un mero artículo. Máxime, condicionándose éste a la posible relación personal que pudiera haber existido entre el pintor griego y el Príncipe de los Ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra.

En 1586, Dominico Greco termina el cuadro del «Entierro del Conde Orgaz» que dos años antes ha comenzado a pergeñar, idear, gestionar y por fin encargar el cura propio de Santo Tomé, don Andrés Núñez de Madrid.

El muy respetado clérigo, ello a pesar de su evidente ascendencia judía, estaba muy relacionado con la pequeña población de Esquivias, en cuyo municipio toledano vivía su hermana D^a Elvira de Madrid -esposa de don Antonio de Ávalos- con dos de sus hijas.

Al simpático pueblo sagreño iba con relativa frecuencia el Reverendo don Andrés; y en él, donde contaba con muchos amigos, entre ellos el cura Juan de Palacios, tío de la esposa de Cervantes, casaba o bautizaba en no pocas ocasiones a los hijos o a los nietos de sus bien arraigadas relaciones.

El 26 de diciembre de 1586, un día después de la entrega del famoso cuadro, como si se tratara realmente de un auténtico regalo de Bodas, don Andrés Núñez de

Madrid unía en matrimonio a su sobrina, doña Elvira de Ávalos, con el sobrino, político, de Miguel, don Gonzalo de Guzmán y Salazar. El acontecimiento tenía lugar en Esquivias. Como vemos, los lazos de amistad y parentesco unifican cada vez más a las dos familias.

Fuero innumerables los viajes que Miguel de Cervantes hace a Toledo en aquel lapsus de tiempo comprendido entre el 12 de diciembre de 1584, fecha de su unión matrimonial con doña Catalina de Palacios y Salazar, y los últimos del mes de abril de 1587 en que emprende, desde la Ciudad de las Tres Culturas, ese viaje a Sevilla que ha de ser tan fructífero e importante para su obra como largo y tendido en cuanto a separación se refiere. En aquellas visitas toledanas, era inexcusable la de la familia Guzmán-Salazar, los primos hermanos de su esposa, con residencia en la Plazuela del Andaque, con quienes Miguel se relaciona estupendamente y de manera muy especial con don Gonzalo, el vástago, que hacía oposiciones para emparentar con el cura de Santo Tomé.

¿Acaso se excusaran las visitas al reverendo Núñez de Madrid, hombre culto y dinámico capaz de entender la profundidad del Genio alcalaino, y que a la sazón instaba a otro genio, «El Greco» a que diese feliz remate a su empeñado encargo? Y como consecuencia de estos corolarios, ¿no se entrevistaría en más de una ocasión el autor de «La Galatea» con el «irreverente» de «El Expolio»?

Dice el biógrafo señero de «El Greco», don Manuel B. de Cossío, que « el más castizo de los pintores impregnaba de tristeza a sus héroes en los mismos días en que Cervantes forjaba su eternamente castizo Caballero de la Triste Figura».

Dos vidas paralelas que vienen a encontrarse en la eterna Ciudad de los Concilios. Dos personalidades tan

afines en el pensamiento y en la creatividad que vienen a aferrarse a la simbología de la «Peñascosa pesadumbre gloria de España y luz de sus ciudades»...

Insistimos, durante todo aquel año de 1586, en que se prepara la boda de la sobrina de don Andrés con el sobrino de Miguel, y «El Greco» trabaja febrilmente en el cuadro más hermoso que pueda salir del concepto humano, es lógico suponer que estos personajes reiteran sus encuentros. Los motivos de orden afectivo y familiar son evidentes. Por tanto, los dos «monstruos», en muchas de las supuestas ocasiones debieron dialogar ampliamente, ya que había entre ambos demasiadas coincidencias y no pocas afinidades. Domenico es también un trotamundos y, como Miguel, Caballero Andante tan gentilmente provocador y atrevido que es capaz de afrontar y de enfrentarse al poderoso monarca a quien no se le pone el sol en sus reinos. Cervantes ya había retado, «como lo hiciera una cobra frente a un león», a uno de los sujetos más desalmados de la Historia de la Humanidad: Hazán Bajá, el que fuera rey de Argel.

Dos locos, dos genios que cruzan sus vidas extrañas en la intersección de la iglesia de Santo Tomé, apadrinados por su párroco, don Andrés Núñez de Madrid. Tres singulares iluminados, en fin, por cuyas venas, seguramente, corrió sangre hebrea.

Para dar término a este sugestivo y tremendo tema, tan sólo, nos resta lanzar una pregunta al abismo: ¿No es posible que la imagen de Cervantes corresponda a una de las figuras de esos caballeros que contemplan la escena del «Entierro» -a manos de San Agustín y San Esteban- del señor de la villa de Orgaz, don Gonzalo Ruíz de Toledo?

La respuesta se halla en la incógnita de los tiempos; puede que para siempre jamás.



María Antonia Ricas

molino I

¿Con qué música baila el lienzo
escapado?

¿Qué música del día
de volar?

Cometa sin bramante, pájaro
del recuerdo de harina.

En la reja del aire, nido
quieto,
el silencio captura el aire;
en el arel del aire
hay un silencio con voz de hombre
llamando a velas blancas.

Y el lienzo arriba, arriba, lleva

una palabra loca,
una bandera del país
de los ríos sin peso,
una carta,
un vestido de novia; lleva
el pan que se ha mudado en nube,
la miga de ese pan
sobre la vela de los barcos.

El cedazo del aire
lo reclama,
lo quiere para sí,
para cosérselo a la piel,
para besarlo.

molino II

¿Quién distingue la densidad
del tacto?

Dime qué diferencia se halla
entre la huella de la flor
y su perfume.

Cuando el lienzo escapa, un reflejo
se reúne, se fortalece
y el recuerdo recobra
lo perdido:

rastro del giro vuelve
transformado en el muro,

fantasma del moler regresa
y se posa en el encalado
como un pájaro negro,
sólo negro por abrazarse
al blanco.

Dime que ese pájaro tensa
sus alas
y se yergue para volar.
Dime que vuela.

herrerros

El mensajero se detiene por un instante
antes de hablar.

Venía del resplandor de las islas, de los
miedos en los cruces de caminos, de los
mercados y la suerte, de las calles de tu
ciudad por donde escapan los ladrones.

Interpretaba a los extranjeros y una leve
sospecha se trazaba en sus rostros tras
los pactos.

Las serpientes del kerykeion no
acababan nunca de trenzarse.

El mensajero piensa cada palabra antes
de hablar y elige una que se desvíe a la

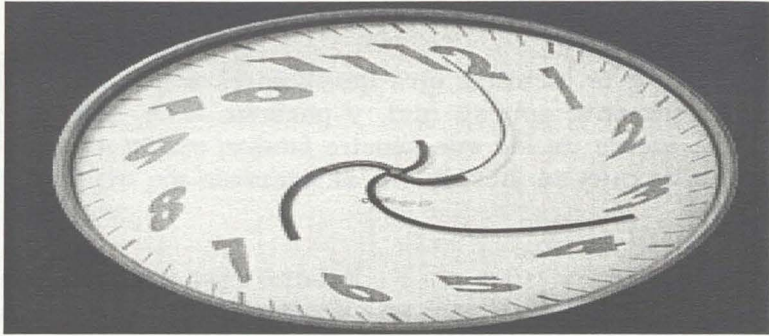
María Antonia Ricas

verdad y a la mentira, otra que golpee amorosamente con su mal, y para la última escoge un filo que penetre fatal y limpio y que su herida no se cierre nunca.

Ellos son terrenales y aún no atienden a los avisos.

.....

Tu padre, que conocía bien el fuego y los metales, te llevó de la mano al Museo del Prado.



Lola Muñoz

«Crónica de una hora imaginada»

Te multiplicas
por millones de cientos
en esferas pasivas
acariciadas
por esclavas dobles
Señor de La Nada.

Ceremonia de llegada.
Puerta del hacer. Partes del cielo
fuera del todo,
partes de un árbol de complacencia.

¿Sabría reconocer el momento del «ya es»?
¡Era! Ceremonia de llegada.

El camino estaba escrito sin mí...

No encontré palabras
merecedoras de ser pronunciadas.

Mariposas de frontera;
fieles portadoras de órdenes de ternura,
de locura,
magas del goze. Nuestras manos no buscan
lo que les espera.

Ramas arrulladoras, filtros de estrellas;
fácil y difícil salir del mundo.

Quizá todo son lamentos del que queda fuera.
Quizá parte sea amor; es decir,
deseos de unión con lo imparable.

¿Cómo puedo llamar
a aquél que sin espejo es mi reflejo?

Tengo miedo de llegar
al último grano de tu cuerpo etéreo:
La Nada por el mío.

Sentí su ánimo generoso y dulce, lejos.

Marina Riaño

Espacio y Poesía amantes

Hoy me siento arquitecto.
Y puedo crear mis claros y mis sombras.
Construyo ágilmente los muros de mi alma
que me cobijan o aprisionan;
también las columnas que sostienen mi alegría
y soportan mis arcos queridos
de perspectivas recónditas,
fugaces, lejanas.
Rompo paredes opacas
con la fuerza de la luz de mi entendimiento
y hago fuertes los pilares del don,
del amor,
de la generosidad que no pide explicaciones.
Trazo fachadas al levante o al poniente,
al norte o al sur
que engañan a mi extraviado y aparente destino.
Las galerías, los salones,

las estancias de mi devenir
toman las formas de mi imaginación
y acogen mis sentimientos
al ritmo de las luces y las horas:
Ámbitos de arco iris
filtrado en la penumbra.
O plaza de luz blanca
para aplastar el olvido.
O fuente de piedra gastada
para la lluvia del llanto...
Corredores traviosos, siempre marcados,
nunca de parada conocida.
Siempre albergue, nunca prisión.
En cada segundo, indecisa decisión.
Yo soy arquitecto de mi ser
y el alma que me habita
es un palacio
con puertas de búsqueda.

En un rincón, una golondrina
llamada Poesía,
me mira.
Mientras,
llega volando, desde el horizonte,
su amante:

El Espacio.

Volverá la luz sin llamarla

La luz está en otro sitio.
Aquí no. En otro sitio.
Pero no iré a buscarla por si me ciega y me engaña.
Luego es más negra su ausencia.
La nostalgia me trae a la memoria
una canción con promesas.
No sé por qué me gustaba de niña y, ahora,
sin llamarla,
cuando renuncio a la luz que queda en la tarde,
se me filtra entre los hilos que tejen mi memoria.
Como un zurcido o,
si queda bien,
Como un bordado...
Luego elegiré... cuando suelte la aguja del recuerdo.
Decía mi canción:
Córtame un ramito verde
Verde de lo cortaré
Córtame un ramito verde
De los álamos del rey...

Yo supe, desde siempre,
que si quería ramitos verdes podría cortarlos yo sola.
¡Pero veía tan hermoso pedirlos!...
Y ser complacida...
Pero supe, desde siempre también,
que ignoraba la frustración,
que no la aceptaba y,
cantando,
He tratado de ofrecer yo el ramito verde.
Y cortarlo con amor,

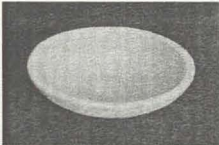
sin dañar al álamo.
y darle las gracias por su don
y cantar por cantar,
sin pedir.
Y cortar por cortar,
sin dañar.
Y reír por reír,
sin llorar.
Sin herir.

Verde.

Mis vasijas de cerámica toledana.

Parecen silenciosas y en cambio
resuenan con ecos de vidrio, de barro, de metal.
Parecen vacías y son recipientes de negros, blancos,
tristes, alegres, sonoros, mudos,
recuerdos.
Parecen absorbentes cavidades misteriosas y acaparadoras
y son generosos dispensadores de chorros que alimentan,
despiertan,
calman la sed,
nutren sin estridencias;
blandamente, siempre dispuestas a dar,
a verter,
a multiplicarse.
Parecen estáticas. Y muertas. Y frías.
Y están en continuo movimiento
al son de las luces y los reflejos.

Vivas, en su vaciarse y llenarse.
Cálidas, en sus contenidos amistosos:
vino, miel, aceite...
Fueron criaturas dóciles entre las manos de humildes,
soberbios artesanos creadores.
Sus añicos, pegados tras un golpe fortuito,
se niegan a seguir siendo estancos.
Como si al romperse el cuerpo, se escapase,
frágil y vulnerable, volátil,
su alma.
Así, son seres de una pieza.
Si sólo los vemos al pasar, decimos:
«Cacharros» .
Cuando son amigos y los amamos,
sus nombres acuden en tropel para elegirlos
en la hora de la amistad,
de la convivencia:
jarra, ánfora, cántaro, tetera, orza, cuenco...
Generosidad hecha poesía.
Y en silencio.
Plenitud.



Luis Pablo Gómez Vidales

reflexiones

intimas I

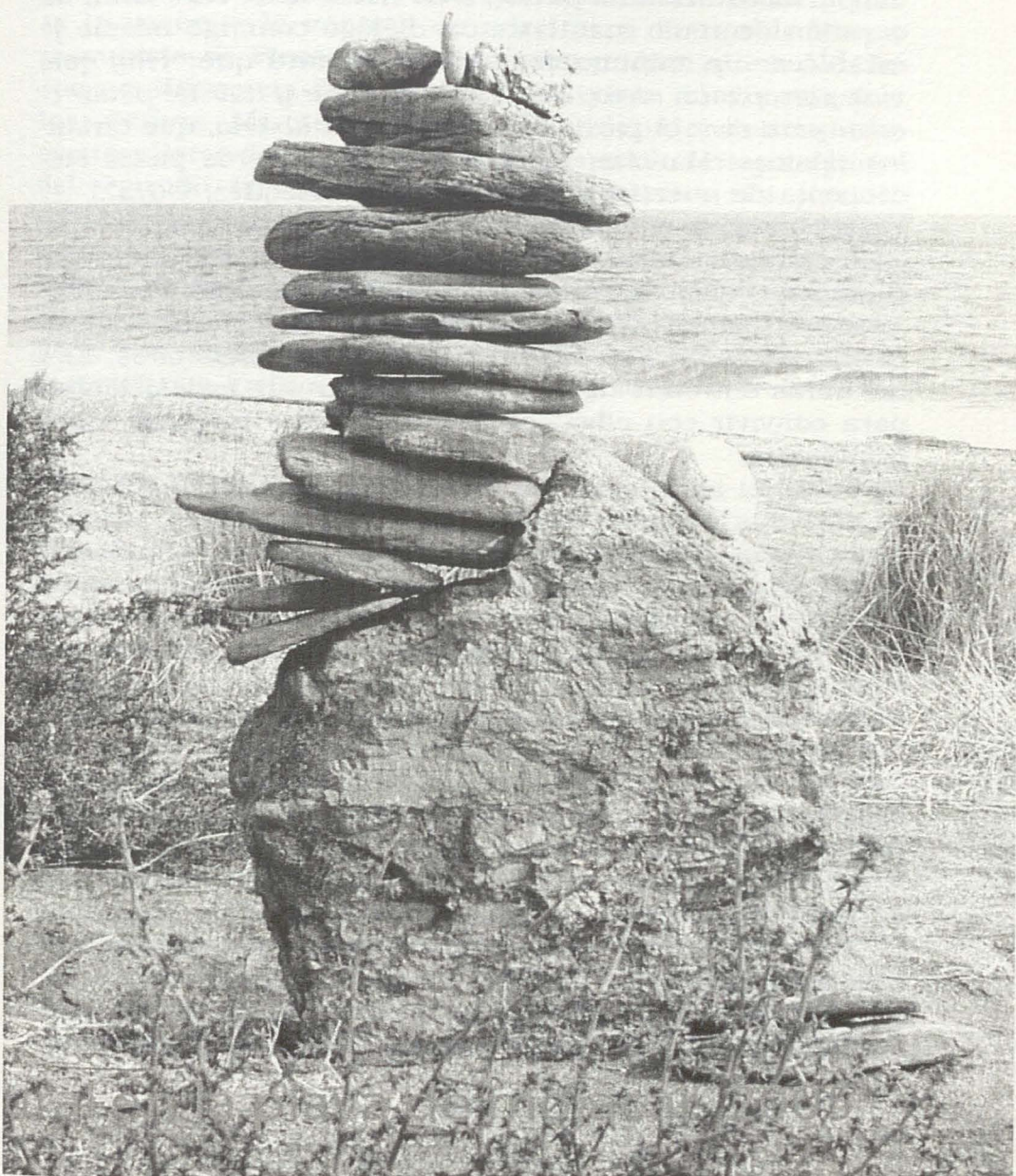
La intencionalidad en la expresión del trabajo artístico, es una necesidad de creación; es una situación vital de acción y de comunicación, aun sin haber definido lo comunicable.

Existe una potencia en la personalidad del creador de arte, que le empuja a la necesidad de su propia expresión y que a veces es opresiva, emergente y de forma impositiva, incluso dictadora. La no satisfacción de esta necesidad, va convirtiendo el tiempo transcurrido en un tiempo de frustración, en tiempo de aislamiento; conduciendo al individualismo, a la introspección y a la no relación pública; esto es a la incomunicación y al ostracismo. No deja de ser hoy en día un recurso, la practica del ostracismo; como defensa a veces, de la insatisfacción que uno va encontrando en el trato con sus semejantes, con los otros. Una tentación que pulula por las esquinas mas intimas del cerebro, y nos empuja suavemente a la idea cada vez mas clara del silen-

cio; como estado previo a un sosegado sentimiento de paz y tranquilidad. El creador se encuentra cansado de no conseguir comunicarse, y ante el dolor que le causa esta situación, va evitando romperla, alterarla o resolverla. A la hora de hacer una reflexión y plantear la pregunta: -¿Qué hace uno dentro del mundo de la expresión artística? No se puede evitar recurrir a la evocación del camino recorrido; como un recurso donde ir apoyando las ideas definitorias en las que sustentaremos nuestras respuestas, o las respuestas posibles. Ese bagaje de camino recorrido vitalmente, se nos presenta como una película recordatoria, que nos vamos proyectando y no en una sesión única precisamente. Repetimos cuanto nos place los pasajes que nos agradan, y damos a la velocidad para que corra en aquellos que no queremos recordar, o nos resultan menos gratificantes.

En cualquier caso es necesario, o conveniente, hacer una reflexión con algo de compromiso al menos cada veinticinco o treinta años. Para el periodo de tiempo que comenzará en octubre de 2006, cuando recién cumpla cincuenta y ocho años, y presente la exposición más amplia de cuantas he realizado, será un momento óptimo para contarme a mí mismo algunas sensaciones, ciertas experiencias y por qué no, algunas inquietudes de futuro.

Habiendo practicado el arte desde 1969, uno ya podría haber alcanzado la gloria de tener obras en el Reina Sofía y una cotización millonaria por ellas. No es así y no voy a pedir disculpas por esta situación. Diré que lo siento, pero eso sí, no lamento no haber conseguido ese status en el arte español contemporáneo. Con estas reflexiones daré por zanjado cualquier atisbo de frustración o come-comes, y por supuesto, no despreciaré la gloria o el laurel que a la sociedad o a mis amigos se les ocurra otorgarme. Cuando



En la playa de Mojacar. Instalación efímera de piedras 2005

adopté la vocación de pintor, o de hacer arte, tuve clara la cuestión de cómo mantener un diálogo conmigo mismo y establecer un mínimo de acuerdo o statu-quo: *Hay que vivir para pintar, crear, discurrir o inventar y huir de pintar o crear para vivir*. A partir de ahí, *a tumba abierta*, que dirían los clásicos: Mancha, luz y color; los primeros pasos del concepto de nuestra pintura; Greco, Velázquez, Goya...

Y así comienza el camino de un pintor en provincias, que en los años setenta se encuentra con las obras de *Feito, Canogar, Pablo Serrano, José Guerrero, Juana Francés, Venancio Blanco, Chillida, Chirino, Barón, Berrocal, Rivera, Rueda, Salvador Victoria, Lucio Muñoz... y tantos otros*. Estas obras entre las manos, para montar sus exposiciones, para convivir con ellas, para admirarlas e intentar comprenderlas.

Ya llovió en las riberas del tajo desde entonces hasta hoy, ya vi *Obras* y conocí *Artistas*; grandes, medianos, medianos y malos. Siempre con la duda que te roe: - *¿Y yo dónde estoy, en que lado de la vida del arte camino?*- *¿Estoy en la barricada de la búsqueda y la intuición, o estoy en el encargo del amigo?* Llega a ser dura esta pregunta, cansa muchas veces. Un día encuentras un camino que parece que se abre, y te lanzas y corres hasta quedar exhausto. (Cuantas carreras dadas, y cuantas posiblemente baldías.) En el arte no hay ingenuidad y no hay inocencia. Puede haber ignorancia, desconocimiento, que algunas veces será hijo primero del oscurantismo de otros, y otras veces del nuestro. Nadie es inocente de no conocer el fundamento de las pinturas de Altamira, el que pasó por aquella escuela-encuentro de Santillana del Mar conoce cuanta ventaja nos sacó a los que no estuvimos... *a tiempo, en su tiempo*.

Los que conocieron el lenguaje cosechado por la Europa Colonial; en las artes primitivas de África y Oceanía en las

grandes exposiciones de París, Londres, Berlín... saben cuál es la razón y la ventaja de admirar a tiempo la etapa precubista de Picasso o de Brancusi y claro que saben la enorme diferencia de haberlo hecho veinte años antes que los demás. Mi generación ha padecido demasiado oscurantismo del primero y este ha generado una gran parte del segundo, (el nuestro propio). Pero estamos ahí, y aquí. ¡¡Sí, hemos hecho bien el puente!! No hemos ocultado nada, ni nadie, (probablemente tampoco lo hubiéramos podido hacer); sí, hemos generado otros artistas, otros creadores, otro relevo; seguramente algunos son ya de otra casta o *grey*, que tendrán la oportunidad de colgar en el *Reina*, y a lo mejor nos invitan...Y hasta nos alegramos.

intimas II

He pintado y he dibujado bastante, alguien diría que mucho, yo considero que nunca es mucho. He realizado algunas esculturas, y seguramente volveré a realizarlas; grabado, cerámica... Todo esto desde finales de los sesenta.

He perseguido siempre una verdad fugaz, una intuición de aquello que podría considerar fundamental dentro del compromiso de crear una obra, bien partiendo de un modelo o de una sensación recibida. Mi obra, prácticamente ha tenido siempre en mi aptitud de artista, la impronta del expresionismo, sin embargo siempre he terminado pensando y sintiendo el arte con estructura abstracta, a tal punto que para mí la abstracción es absolutamente formal, tangible y cotidiana.

Cuando me interesó la figura humana y el espacio que la rodeaba, vi como su interacción con la propia figura, convertían el conjunto en una abstracción; lo mismo me

ocurrió en los bodegones, en los paisajes y sobre todo en los árboles.

Corrían los años setenta y esta aptitud estética me hizo bastante feliz como pintor; algunas figuras sentadas, paisajes, árboles-acacias, naturalezas muertas. La abstracción emergía de los entornos de las figuras, de las cosas, de los árboles... todo terminaba felizmente abstracto. El color entonces se mantenía en un sentimiento fobista, ahí se apreciaba la impronta expresionista, eterna, siempre latente, al acecho de cualquier momento.

Estos procesos se completan en los finales de los setenta con un gran interés por la materia dentro del cuadro, la aportación de materiales residuales, maderas, tejidos...y la configuración de la agresión a la ecología como mensaje motivador de las obras. Toda mi obra ha circulado en estos parámetros, neofiguración, expresionismo, abstracción, materia aportada, collage.

Los aspectos de las ideas para motivarme como artista han tenido dos fundamentos básicos; uno lo que tengo enfrente y percibo, otro lo que siento y me provoca. Las acacias, los paisajes aéreos, la figura y el desnudo, la ecología, los entornos de los objetos, las palabras, la música... y últimamente el residuo de la acción del hombre, las huellas de su paso vital como especie, como una situación final; sus escombros, que abandona y a mi me apetece transformar, con esa misma fórmula; -un pensamiento: aptitud antropológica; - una idea: reciclar materia en arte (reciclar-te); - una estética: minimalismo y abstracción expresionista.

No están ni lejos ni olvidados los collage mixtos de telas, recuperadas de los almacenes de retales, halladas y distribuidas para una música, para un compositor, Beethoven, Bach, Falla, Bizet, Smetana... Tampoco se han ocultados

los collage de papeles, reciclados de envoltorios y cómplices de palabras de un autor preelegido, unidas a los propios collage en su exhibición. (Papeles y palabra).

Ahora me provoca mucho la materia en la naturaleza, las piedras fundamentalmente, y allí donde llego y encuentro piedras y un espacio natural, las ordeno y sitúo, dejo un mensaje voluntariamente efímero y provocador, que otros destruirán o continuarán, (por esa provocación). No quiero ocultar que hay toda una llamada al ancestro totémico de nuestra esencia de seres intelectos, estructurados para desarrollar lenguajes y aptos para inventar mitologías.

íntimas III

Después de mis últimas etapas creativas, he seguido trabajando el collage en todas sus facetas, dotándole de muy diversos acabados, texturas, colores, intencionalidades... Se me ha presentado la reflexión y el debate de una nueva etapa en mi obra.

Esta aptitud, que se viene repitiendo periódicamente, forma parte de mi personalidad como autor; acabo periodos y ciclos y tengo la vital necesidad de girar o cambiar en el lenguaje de mis trabajos. No puedo concebir la militancia en el arte de otra forma.

Las obras que estoy ejecutando en la actualidad, para mostrarlas en los próximos años; están naciendo bajo algunas premisa y necesidades estéticas de revisión, de análisis, de investigación, de «preguntas íntimas»; en definitiva de la búsqueda de una expresividad propia dentro del lenguaje del arte. Desde un aspecto formal, práctico una recuperación de materiales manipulados y sobrantes, son objetos abandonados, residuales, (escombros ocasionales).

Son una huella del hombre y de su laboriosidad; de sus necesidades, son restos de las infraestructuras de la sociedad a la que pertenecemos.

De otra parte; estos elementos rescatados, que han sido residuos sin función, se convierten en elementos vivos en las manos de un «bricoleur», que en combinación con sus argumentos estéticos más íntimos, los manipula y recicla hacia una obra de esencia compositiva, cuya naturaleza formal es abstracta y su resultado único: *Recicl-arte*.

En algún momento, la comunión con el *arte povera*, y con el *minimal*, se hacen evidentes al analizar mis trabajos actuales; esto es innegable ya que este paralelismo, esta implícito en algunos de sus aspectos desde el momento mismo que los concebí. Sin embargo al ejecutarlos, hay unas secuencias que me implican más hacia la posición mágica, frente a la científica; me sitúan más hacia lo presentido e intuido con ánimo de revelación, que a lo construido con la regla de lo meramente conceptual, (lo menos es más) o los equilibrios de composición por ejes. -*Como autor, estoy más en el debate de encontrar la unidad estética de una emoción, que en equilibrar estéticamente una composición acertada. La búsqueda de un lenguaje, que revele algo de esa cantidad de sustancia cognitiva, que ha ido empleando el autor de una obra, cuando en su ejecución, ha estado sometido a una emoción que le sobrepasa, le asombra y le nutre de incertidumbre.*- El sentido abstracto, guía la expresión de mi trabajo; la armonía en la simplicidad del color, es otra razón de ser de estas obras; y la voluntad de sacar de su interior, un «lenguaje» universal de expresión plástica, es el motivo mas firme que he tenido para realizarlas, con el convencimiento de estar creando un nuevo paradigma

Mayo de 2006.





Jesús Pino

las siete y media burbujas de la misericordia

I

San Caudalino de Añoque, santo de poderosas influencias, sentado en un lindero del camino de la salvación, escribe, con una afilada pluma de cernícalo, un rosario de enjundiosas reflexiones sociológicas que el viento arrastra en livianas páginas de anaranjado sol de primavera: *dígame que la mayor y más peligrosa de las actitudes del ser humano es la cobardía física y moral, así de montón como por unidades.*

II

D. Abilio Sacromonte decía de sus piernas que eran piernas de muerto. Allá él con lo quisiera expresar con tal fúnebre descripción. Recordaba, D. Abilio Sacromonte, que su abuelo le decía a su padre, que tenía las piernas de viejo, y que su padre le decía a él que tenía las piernas de moribundo. Él, por su parte, decía lo que ya se ha dicho y

no se va repetir. Una tradición familiar con tendencias necrológicas.

- Y ahora, D. Abilio, respóndame, es decir, si le complace, ¿qué supone usted que dirán sus hijos de sus propias piernas?

- Ah, eso no me concierne. Yo ya he contribuido a la cadena genealógica; los que vengan detrás que arreen.

A Ernesto Sacromonte, el hijo mayor de D. Abilio, la cosa no parecía afectarle ni poco ni mucho.

- A mí, padre, lo de las piernas es que me resbala

- Bueno, hijo, ya caerás.

- Es que eso de las tradiciones familiares a mí ni me va ni me viene.

- Bien, hijo, bien, esperaremos

III

A D. Ramón se llega por el valle de Inclán. Paso a paso, zancada a zancada, brinco a brinco. A D. Ramón se llega por la humiverde palabra, por la palabra colibrí, por la crapulagónica palabra. D. Ramón es un valle de palabras etílicas y escénicas.

IV

Elías Casino anda tarambaneando por las angostas calles de la ciudad. Si a Elías Casino no le perturbasen las penas del amor, es muy posible, que a esas horas de la noche estuviera durmiendo, plácidamente, en su cama. Pero el corazón del alma es un órgano muy sensible y convierte en jarana de insomnio los inocentes sueños.

A Elías Casino le detuvo la policía municipal con las manos en la masa y no opuso resistencia. Le llevaron a la

comisaría y le sentaron frente al inspector que tomaba notas:

- Vamos a ver. Nombre
- Elías Casino.
- Edad
- Cincuenta y cinco.
- Profesión
- Profesor
- ¿Profesor de qué?
- Profesor de Filosofía

El inspector se echó hacia atrás y contempló con seriedad el aspecto del detenido.

- Pero hombre de Dios, a su edad y con su profesión, ¿cómo se le ocurre hacer esas gamberradas?

- Por amor.

- ¡¿Por amor?! ¿Cómo se puede hacer por amor una pintada en la pared de la catedral?

- Ya ve usted.

- Pues no veo la relación.

- Porque su cabeza no es capaz de advertir la armonía general del mundo.

- Y eso ¿qué tiene que ver con llamar canallas a los curas y panzones a los canónigos?

-Nada y todo, que son dos formas de la ignorancia cósmica.

-Déjese de palabronadas que le pego dos hostias y me quedo más tranquilo que dios.

-Dios no está nunca tranquilo, mi querido y violento inspector.

-Y ahora, blasfemando...

- No blasfemo, ejerzo mi autoridad mental.

-Ya, ya. Pero aquí la autoridad soy yo. Y esta noche la pasas en el calabozo, meditando... ¡no te jode el listo!

A Elías Casino la espinada rosa del amor le tiene las costumbres distorsionadas, las noches entontecidas y las buenas maneras confusas. A Elías Casino la humedad del calabozo le cultivó una seria bronquitis de la que salvó de milagro con friegas de vicks vaporub.

V

El corazón de la madreSelva, Eugenia de Montesur, y el corazón de la yedra, Pilar de Nortefrío, se comunican por medio de los pájaros, las avispas y las libélulas. Eugenia de Montesur y Pilar de Nortefrío llevan años y años mirándose y mirándose. Eugenia de Montesur, domina la alambrada con tupida autoridad y madurez. Pilar de Nortefrío reina en el muro con narcisa y hercúlea reciedumbre. Entre ambas el aire, el sol, la hierba de un jardín lastimoso y un arenado secarral. Cuando la madreSelva, Eugenia de Montesur, quiere enviar un mensaje a la yedra, Pilar de Nortefrío, lo talla en la uña de un mirlo o un gorrión mientras descansan, descuidados, en su visceral abigarramiento de tallos secos. Cuando la yedra Pilar de Nortefrío precisa contactar con la madreSelva Eugenia de Montesur, escribe su informe en la línea negra del abdomen de una avispa al tiempo que cruza la umbría de su cabellera. A veces, el mirlo o el gorrión descienden al arenal, al pie de la madreSelva, buscando una lombriz, un ciempiés o una miga de pan y se les borra todo o parte del mensaje y Pilar de Nortefrío queda confusa ante lo indescifrable del escrito. A veces, la avispa, sedienta, revuela sobre el agua de la piscina, y descuidadamente, cae y muere, interrumpiendo la pregunta, el deseo o la blasfemia, dejando a la madreSelva Eugenia de Montesur intrigada, desconcertada y perpleja. La madreSelva Eugenia de Montesur tiene dos amigos a

los que abraza efusivamente: un lirio y un cactus. Son como dos perrillos falderos a los que cuenta sus cuitas. El lirio, en primavera, florece con pasión. El cactus es de peor trato y no se confía a cualquiera. La yedra, Pilar de Nortefrío, se aburre mucho en los otoños e inviernos, pero en el verano llegan las cuadrillas de dondiegos y no pega ojo con las nocturnas y estridentes perfumaciones. Los dondiegos son haraganes y señoritingos, pasan todo el día dormidos y despiertan al atardecer, acicalándose y coloreándose las mejillas como vampiros algo amanerados. El corazón de la madreSelva y el corazón de la yedra se miran una y otra vez esperando la carta que no llega.

VI

El bobo Solideo Maín no usa calzado. Anda subido en dos botes. El bobo Solideo Maín sonríe a todo el mundo. Bueno, a todo el mundo no. Como es bobo, a los militares no les sonríe. Delante de un militar, Solideo Maín, desciende de la gloria de sus botes y con seriedad prehistórica se cuadra y saluda, llevando la mano derecha, dedos juntitos, a la sien. El bobo Solideo madruga más que el Sol. Esto supone una molestia para los vecinos. A las tres y media de la noche, Solideo se ajusta los botes y en los silencios de los sueños se introduce el clac-clac de la hojalata como un virus miserable, infernal y carroñero. A esas horas a la santa madre del bobo Solideo se le adjetiva de muy malos modos y de improbables ejercicios impúdicos. A esas negras horas las lenguas son poco virtuosas y educadas. Solideo, el bobo Solideo Maín, ayuda en el mercado dirigiendo, desde la serranía de sus zancos, las maniobras de los camiones -¡adelante!, ¡atrás, ¡a la izquierda!, y así-Luego, con una lechuga, unas manzanas o un melón de

bajo del brazo se despide hasta mañana y se va a desayunar al río. El bobo, Solideo Maín, no recuerda ni odios ni amores. Vive como sabe, sin hacer daño ni a las estrellas ni a los caracoles.

VII

Por el hoyo de las agujas entra la muerte en el toro disfrazada de estoque, derechita y sin vuelta atrás y una vez encamada en las tibias entrañas, se adormila como una dulce tórtola, se queda acurrucada y quietecita hasta que se enfría el camastro de las vísceras; entonces, la muerte, sale pitando por donde halle salida, por la boca, por la nariz o por el culo. Es mentira que a la muerte le guste el frío, en esto, como en la mayoría de las cosas, se desconoce el total de la verdad y se hace demasiado caso de las apariencias y los cotilleos. A la mínima sensación de frescura, la muerte sale corriendo como un guepardo, una cebra o una liebre. Con la muerte casi todo el mundo se equivoca, ni es un esqueleto, ni una guadaña, ni se pasa el día matando sin parar. En la solana de la esquina hace pleita Argimiro Colibrí, sentado en un serijo de esparto; a su lado, Dominga Roste, se pasa la lendreras por el largo, suelto y blanco cabello; los niños Melitón, Ágapo y Nicomedes miran con atención y sin disimulo las hábiles manos de Argimiro Colibrí. La muerte va y viene como los viajantes de comercio; tiene días buenos y días malos, días de mucho negocio y días de poca caja. En los siglos oscuros y enfermos hacía grandes y succulentos trapicheos, cien años de guerra, una peste negra, un cólera, un naufragio, una hambruna, la muerte no daba abasto, algunos se escapaban por inabarcable. Argimiro Colibrí trenza las fibras del esparto con acelerada armonía, con conocimiento y oficio,

con apretada composición; Argimiro Colibrí, los lunes y miércoles juega al julepe con la muerte y el ángel de la guarda. Dominga Roste se expulga la cabellera esmeradamente, sosegadamente, encanecidamente. Dominga Roste, los domingos y fiestas de guardar pasea con la muerte por los fértiles llanos que rodean la vida.

Materiales

Como urgencias de la concreción.
Yemas de las palabras
-cárabo, amatista, almendro,
evónimo, laurel, misericordia-.
Minerales.
Y eruptivas.
Delfines de granito sobre
el agua matriz.
Aventuras de asombro.
Únicamente.
Libertad seductora.
Únicamente.
Únicamente fragosidad verbal.
Como temblores negros
los brotes de palabras
-mandrágora, cuaderno, laurel,
almíbar, candelabro, escolopendra-
De la luz a la sombra.
O viceversa.
Únicamente.
Estallido frutal u onírico o exótico.

M^a Magdalena Castaños Fontirroig

El taco

Excelentísimas Autoridades, Distinguidas Señoras y Señores. Ante todo les pido perdón, porque al hablar acerca del taco no voy a tener más remedio que pronunciar alguno que otro, a pesar de que en mi vocabulario, les aseguro que no existen.

Las palabras mal sonantes usadas como taco y no sé si más exactamente exabruptos, han alcanzado tal difusión, que Radio Nacional de España nos transmitió una tertulia dedicada a este fenómeno. Me refiero a la del domingo día trece de marzo por la mañana, del año en curso. (2004)

Los tertulianos tenían ideas muy agudas y graciosas acerca de los mismos, y tan interesantes y amenas como siempre que los escucho, dado que los personajes que la constituyen son todos ilustres intelectuales a los que admiro; entre ellos el gran filósofo toledano José Antonio de Marina, alguno de cuyos libros he leído con verdadera fruición pues siempre tiene algo original e importante que decir.

Las sucesivas opiniones de los intervinientes me resultaron tan sugestivas que lamenté las expusieran en la brevedad de una tertulia, pues tuvieron la virtud de darme mucho que reflexionar sobre la cuestión, por lo que deseé que la prolongaran al máximo. Es decir, que me supo a poco, lo cual es otra virtud añadida, si hacemos caso a Baltasar Gracián, que en su obra «El Criticón», afirma que «lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Consideraban lo mucho que se ha extendido el uso (yo diría mejor, el abuso) de las palabras mal sonantes, y como ejemplo fueron desarrollando la copiosa variedad de los mismos, que se han hecho habituales de un tiempo a esta parte, y que con machaconería se oyen en los lugares públicos, en los colegios, incluso en las guarderías infantiles, en los medios de comunicación, etc...etc... Ante este fenómeno manifestaron su perplejidad como es natural, pues es digno de asombro, y de dejamos a todos estupefactos.

La toma de conciencia de esta cuestión expuesta en la citada tertulia, es lo que me ha impulsado a reflexionar sobre ello y a hablarles del asunto, pues creo que es lo suficientemente importante como para dedicarle un poco más de tiempo, ya que quizá podríamos considerarlo como fenómeno de masas; y los intervinientes no tuvieron tiempo más que para constatar el problema. No opinaron sobre las posibles causas ni las consecuencias que se podrían derivar; ni propusieron remedios para el caso, si es que fuera necesario.

Nos recordaron los tertulianos, que hace algún tiempo, en el Congreso de los Diputados, oímos un exabrupto lanzado por una mujer, pero al parecer lo que les había chocado, no era sólo el caso de oírlo en un lugar así, ni en boca de una diputada, que ese era el cargo que ostentaba

Su Señoría; sino el hecho de que en su vociferación, daba como suyos unos atributos sexuales que son exclusivamente masculinos, y por tanto era completamente absurdo; no tenía ningún sentido en boca de una fémima, según ellos.

Se olvidaban, en mi modesta opinión, de que ningún taco tiene sentido; todos son absurdos porque son palabras usadas como interjección, es decir, como grito, que no tiene que ver nada con el lenguaje racional ni con la lógica; sino con el rugido, el bramido de los animales, que con distintos tonos, intensidades, etc., expresan sus necesidades, su dolor, estado de ánimo, etc. Por eso no significan nada las palabras empleadas, sean las que sean. Al usarlas como interjección, desaparece su significado. La palabra ya no es representación de la idea. Es solo grito.

La gramática de la Lengua Española, es la única de las europeas que hasta hace poco ha incluido la interjección como parte de la oración gramatical; las demás, o no la incluyeron nunca o dejaron de incluirla hace tiempo. Si bien nuestra gramática distinguía entre interjecciones puras, como ¡ay!, ¡oh!, ¡Ah!, ¡uy!, etc., y las interjecciones impuras como: ¡caramba!, ¡atiza!, ¡córcholis!, etc.

Claro está que estas interjecciones, tanto las puras como las impuras, no son exabruptos o tacos. Pero los tacos sí son interjecciones, aunque sean del grupo de las impuras, según la clasificación de la Academia.

Por tanto, cualquier palabra o una frase entera, puede ser usada como interjección al extraerle su significado racional y lógico. Y para que sea exabrupto o taco, ha de ser además una interjección mal sonante por su carácter grosero y soez, y por supuesto, dicho en tono exclamativo, que es lo propio de toda interjección.

Como hemos dicho ya que en el taco la palabra deja

de ser representación de la idea y la frase queda desprovista de razón y de lógica, no deberían haberse extrañado los tertulianos, ni nadie, de que para expresar la bondad y excelencia de algo, se haya generalizado la frase «¡Es de puta madre!».

Los ejemplos serían interminables porque las palabras y las frases en el taco son comodines, como ya dije, con valor de grito; y por eso igual vale un mismo taco como grito de dolor o de indignación porque le han pisado un pie, que como expresión de alegría porque le tocó el gordo de Navidad.

Por eso hubo alguien cuyo nombre ahora no recuerdo, que para felicitar a D. Camilo José Cela por haber recibido el Premio Nobel, no puso en su tarjeta más que: «¡Por fin...! ¡Coño...!» (y la firma), aludiendo así al hecho de que el autor premiado, además de sus méritos literarios, había sido el mayor difusor de los tacos. Esto puede servir de ejemplo de toda la gimnasia mental que se puede economizar mediante la interjección sea taco o no; pues si el felicitante no hubiera recurrido a él, hubiera tenido que pensar un poco para escribir algo bonito, que no fuera manido, sino original, y al mismo tiempo sentido y sencillo. Y todo este momento de reflexión le llevaría a poner en juego varias potencias del alma y del intelecto como la imaginación, la expresión más sincera de amistad y alegría compartida, la búsqueda de la belleza en la expresión, y al mismo tiempo brevedad y sencillez.

Pero todos estos ejercicios gimnásticos mentales y espirituales los evitó con un taco, que además de ser tan grosero, estamos tan habituados a oírlos que ni siquiera conservan ya la única función que le atribuyen sus defensores: su valor inigualable como expresión suprema de los sentimientos.

Pero insisto en que ese valor, suponiendo que lo tenga, solo lo ejerce cuando es impensable, cuando es inaudito. Cuando es tan inesperado por la dignidad del lugar o de las personas, que su brutal impacto hace inolvidable no solo el exabrupto en sí, sino lo más importante: el motivo causante del mismo, y sobre todo, cuando es impensable por parte de la persona que lo lanza, y de la que los recibe. Y en el ejemplo citado no es así, pues es, o era, costumbre hablar de ese modo tanto por parte del emisor como del receptor, y de la gente en general, que ya está acostumbrada a oírlos y a lanzarlos. Por tanto, ya son solamente basura, que empobrece y embrutece nuestra lengua y a sus hablantes (a los que los usan). Además, hay otros medios mejores, más sentidos y más agudos, para expresar o sugerir lo indecible, con lo que además puede desarrollarse el mejor sentido del humor. Los tacos son pura basura que deberíamos eliminar.

Y no solo deberíamos evitarlos por ser expresiones groseras, soeces y con frecuencia blasfemas, sino incluso en el caso de que no lo fueran, como en los ejemplos citados anteriormente de interjecciones inocentes, que no son tacos. No obstante, su abuso sería casi tan perjudicial como los tacos propiamente dichos en la medida en que sustituyen y obstaculizan el lenguaje racional que constituye la gimnasia de la inteligencia.

Por el contrario, deberíamos aprender a utilizar todos los recursos que ofrece nuestro idioma, o al menos los más que pudiéramos para expresarnos con agilidad y agudeza, en vez de abusar de ese lenguaje torpe y entorpecedor.

Al menos deberíamos hacerlo como ejercicio, como gimnasia mental. Mientras escribo esto, viene a mi memoria el caso del padre de una compañera mía, que en un

accidente había sufrido un fuerte traumatismo craneoencefálico cuya triste consecuencia fue el quedarse sin habla. Inútilmente se esforzaba en hablarnos sin conseguirlo. En cambio iba soltando con gran facilidad todos los tacos de su variadísimo repertorio. ¡Lo sucedido era muy triste... estábamos muy apenados...! pero no dejaba por eso de ser curioso y hasta cierto punto, cómico pues en medio de lo trágico, confieso que en algunos momentos tuve que contenerme la risa, porque no poder hablar, ni una palabra, ni una frase con sentido, y en cambio tanta soltura para lanzar exabruptos. Maravillada por lo insólito del caso, inquirí del médico la causa y me contestó que era debido a que las facultades de ambos lenguajes están situadas en zonas diferentes del cerebro, y como el golpe solo había afectado a la parte donde se produce el lenguaje racional, no podía hablar, pero disponía de toda la facilidad del mundo para lanzar palabrotas.

No me extrañaría que a alguien todo esto que les narro le parezca un cuentecillo didáctico, pues si se quiere hasta se puede sacar su moraleja con castigo y todo eso... Pero les aseguro que es un hecho real presenciado por mí. De las posibles causas yo no sé nada. Me atengo a lo que me dijo el médico. Luego he leído en algún sitio que la facultad de gritar se encuentra en la zona más antigua del cerebro; en el llamado cerebro arcaico. En el más parecido al de los lagartos.

Por tanto, ese lenguaje del grito es una involución, una regresión. Y aunque se crean muy modernos los que con tanta naturalidad lo explotan, es el modo más antiguo de expresarse. El lenguaje más primitivo y más animal.

Nuestros antepasados de neanderthal y de cromagnon seguramente no se expresaban de otro modo, así como los que habitaron en Atapuerca. Y a medida que

aumentaron sus necesidades de relación y comunicación, fueron desarrollando su lenguaje consciente expresando sus ideas seguramente por medio de onomatopeyas. Más tarde descubrirían los nexos (pero este es otro tema que está por ahora fuera de lugar, pues corresponde al origen del lenguaje, sobre el que hay infinidad de hipótesis).

Lo que me interesa aquí es señalar que a medida que fueron relacionando las palabras y descubriendo los nexos se fue desarrollando el lenguaje propiamente dicho: el racional, y este fue desarrollando la inteligencia.

Se podrá objetar que quizá fue al revés, que al irse desarrollando su inteligencia, ésta hizo que evolucionara el lenguaje. Podría ser... pero de momento no me interesa entrar en el eterno problema de si fue antes la gallina o el huevo. Porque cualquiera que se encuentre atrapado en un remolino de agua que le succiona hacia el fondo del río, no perderá el tiempo en pensar cómo cometió la torpeza de entrar, sino cómo conseguirá salir. Una vez a salvo quizá indagará la causa para no incurrir de nuevo en el error.

Lo importante por ahora, es saber que hay una íntima relación entre la inteligencia y el lenguaje, y que hasta podría expresarse matemáticamente mediante una regla de tres, o una proporción. Y si se me permite expresarlo en términos médicos, diría que en la forma de hablar, se pueden ver los síntomas, aventurar el diagnóstico y el pronóstico y encontrar la profilaxis, y todo sin salirse del lenguaje mismo¹

Nada de lo que se haga con el lenguaje puede ser indiferente para la mentalidad de los hablantes, sobre todo en los niños, cuya inteligencia está tan tierna, en formación... Deberíamos haber evitado a toda costa que oigan y usen el lenguaje de los tacos, lo cual es muy difícil a estas alturas, porque me cuentan escandalizados los padres y

abuelos que se han propagado como una epidemia de peste; y casi ya no se oye otro lenguaje en las guarderías infantiles; además, como lo dicen con tanta gracia ... ¡nos desarman a la hora de corregirlos...! pero hay que hacerlo, como si se tratara de evitarles un veneno.

Y esto ocurre, cuando las normas pedagógicas recomiendan evitar incluso que los niños contesten con monosílabos, que aunque no entorpecen tanto como los tacos, retrasan la fluidez de las ideas y sus relaciones sintácticas. Por tanto hay que animarlos a que contesten con frases enteras, para facilitar el desarrollo del lenguaje racional, al mismo tiempo que la inteligencia. También deberíamos evitar en nuestros niños las abreviaturas, que de un tiempo a esta parte también se han generalizado. «seño, compa, porfa» indicio de una profunda pereza mental. ¿Y qué diremos del lenguaje y la ortografía de los internautas? (pero ese es otro tema). Y si los monosílabos y las abreviaturas son perjudiciales (me refiero a las abreviaturas en el lenguaje oral de los niños, no a las abreviaturas en la escritura) ¿qué diremos de los tacos, que insisto en que son una interferencia regresiva indeseable, un retroceso a formas primitivas? ¿cómo podríamos evitarlo en las guarderías infantiles?, deberíamos realizar campañas y concretar actuaciones para remediarlo.

Antes, el abuso de las interjecciones malsonantes estaba reservado a las germanías y a personas incultas, al lupanar, que por su pobreza de vocabulario tenían que recurrir a las interjecciones que a veces eran taco y a veces no. Pero cuando alguien hablaba así, se decía despectivamente: «Habla como un carretero». Ahora tendríamos que pedir perdón a los carreteros, pues ellos no eran culpables de no haber recibido ninguna instrucción, sino las víctimas de una grave injusticia social. Pero ahora, los nue-

vos estudiantes hablan igual o peor que ellos, después de recibir tantas escolaridades obligatorias y gratuitas. Seguramente esta epidemia es debida a las ideas igualatorias. Y como es más fácil así, ir descendiendo hacia niveles inferiores, se han rebajado los niveles de estos últimos, en vez de elevar el de los carreteros, camioneros diríamos ahora, que sería la más justa igualdad que se debería conseguir.

Pero hablando así nos creemos que somos más demócratas, más progres, y nos quedamos tan satisfechos.

Ésta puede ser una de las causas de la difusión del mal hablar; una idea mal entendida de la democratización. Otra causa puede ser el mal ejemplo dado por algunos importantes escritores acreedores de grandes y merecidos premios, teniendo en cuenta sus magníficas obras literarias, pero reprobables por la irresponsabilidad con que han contribuido a ensuciar y empobrecer nuestro idioma coloquial e incluso el literario con sus exabruptos constantes lanzados con el mayor desparpajo en los lugares más impensables.

Creo que podría nombrar en público al más importante de esos escritores que nos han hecho tan flaco servicio, sin temor a difamarle, porque su fama es «vox populi», y todos saben a quien me refiero. Alguien que alguna vez ha logrado con sus juegos de palabras malsonantes, verdadero ingenio, gracia y agudeza, pero no en todas sus graciosidades era así; además, sus imitadores, que son multitud, han acentuado sus defectos y suprimido sus cualidades, como suele ocurrir en estos casos.

Creo sinceramente que debería haber limitado sus excesos verbales para un grupo de amigos predispuestos siempre a reírle las graciosidades. Jamás propagarlos en público, porque los daños que ha causado a nuestro idioma quizás sean irreparables, pues ha contribuido a con-

vertir nuestra habla coloquial española en una lengua populachera, que no es lo mismo que popular, y plebeya.

Porque ¿quién puede imitarles en lo bien que escriben? Seguramente nadie, o quizás muy pocos. En cambio, hasta los más lerdos pueden imitarle en lo de lanzar palabrotas, como así ha ocurrido; y una vez levantada la veda, la epidemia se ha desbordado y muchos se creen muy intelectuales por hablar así. Y otros se creen muy modernos y muy progres, y su efecto no puede ser más embrutecedor y más entorpecedor, sobre todo, en los niños y en los adolescentes.

Esa irresponsabilidad, por parte de esas personalidades, en el fondo es un abuso de poder, debido a cierta inmadurez como de niño mimado y consentido, que al verse reconocido y admirado como escritor, piensan que los demás tienen que achantarse ante todo lo que ellos digan y hagan.

Porque está claro que si fueran escritores desconocidos que intentaran abrirse paso, hubieran tenido más comedimiento verbal y más respeto. También podría haber influido en su proceder el hacerse más campechanos, con motivo de la llegada de la Democracia.

Sea por lo que fuere, su mal ejemplo nos deja desarmados e indefensos, porque ¿cómo podemos aconsejar a nuestros jóvenes que no usen esas dañinas interjecciones, si hablando así se puede alcanzar el Premio Nobel?

Precisamente fue en Suecia donde encontró sus adversarios más intransigentes y más duros entre un grupo de académicos suecos, que se negaban a concederle el galardón por haber fomentado la interjección retrógrada y populachera. Pero al fin transigieron, puesto que era el candidato propuesto por los españoles, y no era incumbencia de ellos, los suecos, velar por la salud del idioma español.

Y es que en los países del norte de Europa, no sólo no existen los tacos, sino ni siquiera las interjecciones inocentes ya sean propias o impropias, y los tacos, esos son inconcebibles. Y lo mismo ocurre en Alemania, donde el uso de las interjecciones se considera de muy mala educación, aunque no sean tacos, propiamente dichos, porque saben que su generalización es un regreso a lo más irracional y primitivo. Solamente los filólogos quizá recuerden alguna voz de lo que los españoles llamamos tacos o interjección que existió en el pasado y que con la educación escolar y familiar, han desaparecido de sus usos y costumbres.

Y es preciso decir, que si esos escritores que tanto han fomentado las palabrotas, hubieran hablado así, con ese lenguaje de bajos fondos intercalándolo desde niños, al llegar a adultos no hubieran alcanzado ese nivel de grandes escritores o pensadores que ahora son, o fueron.

Es seguro que recibieron una formación lingüística, literaria y humanística, esmerada, sobre todo algunos de ellos de familias burguesas muy acomodadas, educados en los mejores colegios; y al alcanzar la fama, cuando a su propia formación casi ya no les podía perjudicar, han divulgado ese grosero vocabulario de forma tan irresponsable. Y han propagado de tal manera este modo de hablar, que la implantación de esta fea afición llega hasta el punto de que en España se añaden tacos a películas hispano-americanas así como a las de habla inglesa, que ni por equivocación se encuentran en su versión original; como así comentaba indignada una señora inglesa que hablaba perfectamente español y las había visto anteriormente en su tierra y luego aquí.

También han mostrado su indignación dos albañiles hispano-americanos que han trabajado en mi casa, pues

en su tierra, La República Dominicana, según me cuentan, no se usan estas palabras groseras, que muchas veces son blasfemias y es el comentario escandalizado de todos los emigrantes hispano-americanos cuando se reúnen, pues todos ellos, como me dicen, son muy religiosos, y ese lenguaje les hace sufrir y no lo soportan, y eso que no son personas cultas.

Es preciso aclarar que no estoy ignorando ni rechazando el hecho de la literatura satírico-burlesca que ha existido y existe en todos los tiempos y países y ha usado todo el lenguaje plebeyo que al autor le ha parecido más oportuno para la burla, la caricatura o para pintar ambientes tabernarios o de lupanar.

Aunque en otras ocasiones esta literatura se ha limitado, mediante la sátira, a poner de manifiesto los vicios de la sociedad y censurarlos, prescindiendo de la ordinariéz en la exposición, sustituyendo la tosquedad por la ironía fina, con la que también se puede lograr la risa o la carcajada. Lejos de mi intención, hacer una exposición exhaustiva de esas literaturas, no obstante citaré algunas.

Tenemos grandes satíricos en la Grecia antigua y en la clásica. Casi siempre eran comediógrafos como Aristófanes, ateniense del s.V (a.C.). Siglo de Pericles que en su teatro representa una viva y animada pintura de costumbres y es contemporáneo de Esquilo, Sófocles y Eurípides, los tres grandes autores de las tragedias griegas.

Los griegos tenían mucho cuidado en usar el lenguaje más elevado y culto para la Filosofía, los oradores políticos y las grandes tragedias teatrales, en contraste con la de los comediógrafos y comediantes, en que se permitía un lenguaje más plebeyo. También estaban los yambógrafos, poetas llamados así porque usaban el verso

yámbico en el que hacían alusiones sexuales y fisiológicas de todo tipo, entre ellos, Arquíloco. Pero no debió existir el taco propiamente dicho; sí existían interjecciones o exclamaciones invocando a los dioses, que por excesivas o abusivas se consideraban irreverentes. Seguramente sería como en nuestra religión el hecho censurable de pronunciar el nombre de Dios en vano.

En Roma las sátiras de Persio. En la IV tiene expresiones plebeyas llenas de odio contra alguien a quien no nombra. Se supone que es contra Nerón. También las de Juvenal, que compuso dieciséis, distribuidas en cinco libros. La sexta va dirigida contra las mujeres, a las que presenta sumidas en los más aberrantes vicios, con un lenguaje crudo y grosero, su burla es tosca, sin gracia alguna. Sátiras superiores a estas son las de Horacio. Petronio, con su obra «El Satiricón» donde describe sin criticarlo, el fango de ese mundo enfermo y perverso de la Roma de Nerón, pero con lenguaje escogido y cuidadísimo.

Tenemos en España la lírica gallego-portuguesa de los siglos XII y XIII con las «Cántigas de Amor» y las «Cántigas de Escarnio». En estas últimas, los juglares la emprenden contra algún personaje o personajillo popular. Son ataques burlescos incluidos el insulto y la difamación en los que salen a relucir todas las partes del cuerpo, así como las funciones fisiológicas satirizadas con la mayor ordinariez y obscenidad. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, pues unas y otras están plagadas de arcaísmos remotísimos, que el juglar medieval no hace más que recoger y adaptar a su sátira contra algún contemporáneo suyo. Incluso el Rey Alfonso X el Sabio, escribió alguna que otra sátira de escarnio además de sus «Cántigas a Nuestra Señora» y toda su obra sería.

En Italia, más concretamente en Toscana, junto a la

poesía idealista del «dolce stil novo», entre cuyos representantes principales destaca Dante Aligieri, autor de la «Divina Comedia» que busca una lengua preciosa, difícil y refinada, según la tradición del amor cortés de los trovadores provenzales, florece otra corriente literaria que también deriva de rimas juglarescas de poesía secundaria provenzal que usa un idioma rico en voces plebeyas, groseras interjecciones, de sintaxis incorrecta.

La diversidad de educación y de categoría social y disipadas costumbres, explican esta diferencia tan opuesta en literaturas coetáneas. El principal representante de esta tendencia es Cecco Angiolieri muerto en 1313.

En Castilla tenemos las «Coplas del Provincial» y «Las coplas de Mingo Revulgo», ambas contra Enrique IV y su corte.

En las primeras, El Provincial, dirige los más bajos insultos a los personajes camuflados, que representan al rey y su corte. La grosería del lenguaje raya en la desfachatez.

La segunda, o sea la de Mingo Revulgo, es sátira político-social; carece de la obscenidad y la violencia de la anteriormente citada. Mingo Revulgo representa al pueblo llano y Gil Arribato a la burguesía. Candaule es el Rey. Su amante Guiomar de Castro como pastorcilla portuguesa, se les atribuyen todos los males de España junto a su ministro Beltrán de la Cueva. Estas coplas tiene más valor histórico que literario.

¿Y qué decir de Quevedo? Pero nuestro gran satírico merece comentario aparte. Ya os hablaré si me dejáis, otro día.

El propio Cela ha escrito «El Diccionario Secreto», en que hace una recopilación de los tacos. No tengo inconveniente en reconocer que éste sí es un trabajo meritorio,

M^a Magdalena Castaños Fontirroig

para que cualquier comediógrafo o novelista sepa donde encontrarlos cuando quiera ambientar con el lenguaje adecuado, determinados ambientes.

Lo que le reprocho es que los haya fomentado e introducido en nuestro lenguaje coloquial, convirtiéndolo en una lengua populachera y vulgar, además de otros prejuicios mayores, como antes he indicado. La lengua más plebeya de Europa. ¡Triste record!

¹ *Me refiero a diagnósticos psicológicos o de inteligencia*

Antonio J.L. Contreras Lerín

Escribir para que no te lean

Escribir para que no te lean
es caminar sin avanzar un paso,
es subir a la montaña siendo un llano,
es despertar por la mañana
y no saber distinguir el alba
ni conocer el paisaje
ni aclarar el alma.

Escribir para que no te lean
es como leve lluvia,
que moja pero que no empapa;
es arco iris que no se descubre,
que va y se tapa,
y es como ese viejo rosal,
que no tiene rosas,
ni aromas, ni tiene nada.

Antonio J.L. Contreras Lerín

Escribir para que no te lean
es ponerte a llorar en ese triste rincón,
que es tu estancia;
es ponerte a pensar en el tiempo
que quizás malgastas;
en fin, escribir para que no te lean
es como escribir para alcanzar la nada.

Escribir para que no te lean
es a modo de un silencio,
de un silencio profundo
en un abismo donde no ocurren ecos,
ni conocen otros mundos,
ni saben lo que es leer,
ni quieren escuchar al alma.

Yo te hablaría

Dice Rafael Juárez
que lo que vale en la vida
son las rosas, los libros de versos,
el viaje y la casa.
En fin, pocas y sencillas cosas.

Yo te hablaría de bellas mariposas,
de plácidos crepúsculos y embelesos
y de sedantes paseos entre sombras.
Yo te hablaría de noches y de estrellas,
de cielos azules, de simas maravillosas,
de esas suaves y generosas brisas,

Antonio J.L. Contreras Lerín

y de tantas y tantas otras cosas
que, ciegos y ofuscados, no vemos.

Yo te hablaría de la mano amiga,
cada día más lejana y escondida;
y te hablaría de tantas cosas...;
mas, lo mejor quizás, sea
no decirte nada.

Lo mejor, quizás, sea el silencio,
la voz interior, el comienzo;
quizás, lo mejor sea mirarte a los ojos,
olvidarme del habla y callarme;
y, a pesar de todo,
yo te seguiría hablando
sin decirte nada.

Cada día

Cada día me alejo más de tu presencia,
y es que el tiempo y el olvido van al paso;
cada día son mayores mis ausencias,
y es que el tiempo y la distancia son un lazo;
cada día se reducen referencias,
y es que el tiempo y las citas son ocasos;
y cada día mis sueños llegan sin tu esencia,
y es que el tiempo y los sueños son engaños.

Juan Carlos Pantoja Rivero

la cuarta fecha

*«Una ciudad deja de existir cuando en ella
ya no amas a ninguna mujer»*
(Manuel Vicent, Verás el cielo abierto)

Volví a Toledo cuando el invierno empezaba a ceder terreno a la primavera. Habían pasado ya casi cinco años desde mi anterior viaje a la ciudad, y recuerdo la inquietud que me acompañó en los días previos a la marcha. A pesar de la cercanía con Madrid, donde vivo, Toledo se me antojaba entonces un lugar lejano y nebuloso; si no exótico, sí extraño en su contorno otrora familiar y después impreciso, quebradizo en mi memoria. Tal vez por eso viví las jornadas que precedieron a mi viaje en un estado que me atrevería a calificar de febril, alucinado, como si estuviera viviendo dentro de un sueño con los bordes rotos, como esos que nos despiertan en mitad de la noche con su absurdo argumento truncado y ya no nos dejan dormir. Venían a mi mente fragmentos deshilachados de mis años pasados en Toledo, la quietud de las calles más apartadas y el bullicio de algunas zonas modernas, con el sol ponien-

te del atardecer iluminando lo alto de las fachadas, devolviéndome el regusto indescriptible del tiempo vivido.

Viví en Toledo de manera circunstancial, por motivos laborales, durante unos meses, para realizar un trabajo que me encomendó mi empresa, cuyos pormenores no vienen al caso ni tienen relación alguna con mis sentimientos durante los días en los que preparaba mi vuelta. Al principio me costaba acostumbrarme a la tranquilidad provinciana de sus calles, y no dudaba en volverme a Madrid durante el fin de semana, necesitado de tomar contacto con la vida vertiginosa de la gran ciudad. Sin embargo, con el tiempo llegué a disfrutar de ese sosiego toledano, sobre todo desde la tarde mágica en la que ocurrió aquello.

Había adquirido el hábito de adentrarme, cuando el trabajo me dejaba libre, por los recovecos de la ciudad, por esas calles imposibles que a veces parecen desmentir su nombre y convertirse en pasillos urbanos. De esta forma, a la vez que me aprendía Toledo, me deleitaba con el sabor añejo que desprende cada una de sus piedras. Aquella tarde, en mi continuo ir y venir, terminé llegando a una plaza rectangular, presidida por el pórtico de una iglesia horriblemente cerrado con unas rejas altas. La plaza estaba atestada de coches de todos los colores, que rompían escandalosamente su evocación de otros tiempos. Me desagradó el contraste entre la quietud que sugería la plaza y el ruido de un automóvil que desembocó en ella por una calle cubierta de las que en Toledo llaman cobertizos: aunque no parecía posible, el conductor halló un hueco suficiente donde aparcar. Cuando paró el motor, se hizo notable un silencio sonoro que muy pronto volvió a romperse con los golpes de las puertas del coche al cerrarse y el diálogo de sus ocupantes, dos mujeres que también parecían antítesis la una de la otra: la que había conducido era

una joven muy bella, rubia, con una melena que descendía hasta la mitad de su espalda; la otra era una monja, también joven, con unas tocas negras que impedían ver sus cabellos y que apenas daban lugar a que se intuyeran algunos rasgos de su cara, aunque pude percibir un cierto parecido entre las dos mujeres que me hizo pensar que serían hermanas. Todo parecía anacrónico en esa plaza solitaria: el pórtico con sus rejas y los coches aparcados; la espadaña del campanario, silenciosa, y el motor del automóvil recién llegado; el hábito negro de la monja y la falda demasiado corta de su acompañante; yo mismo, parado en un extremo de la plaza, bajo unas placas dedicadas a Gustavo Adolfo Bécquer, mirando embozado a las dos mujeres que componían, conmigo, la totalidad de la presencia humana en aquel lugar, y que no prestaban la más mínima atención a mi persona, enfrascadas en su charla anodina sobre cosas irrelevantes. Al menos a mí me parecían irrelevantes, a juzgar por las palabras sueltas que llegaban a mis oídos en aquel silencio.

Cuando vi que las dos jóvenes se encaminaban hacia el cobertizo por el que vinieron en el coche, decidí seguir las: al fin y al cabo no tenía nada mejor que hacer, y me había intrigado la pareja tan extraña que formaban. Al principio no sería necesario disimular, pues yo podía caminar en la dirección que me pareciera sin levantar sospechas: ellas no se habían percatado siquiera de mi presencia. En el interior del cobertizo resonaban los pasos de la rubia, sus tacones repiqueteantes sobre el empedrado, mezclándose con el volumen bajo de la conversación que las dos mujeres mantenían. Al salir de la calle cubierta, el sol iluminaba el vacío del paisaje, y mis perseguidas enfilaban el giro a la derecha que les imponía la calle, junto a unos altos muros por los que asomaba la hiedra. Habían des-

echado una calle ligeramente empinada, también cubierta, que había nada más salir del largo cobertizo por el que caminábamos al principio, y por donde se empeñó en entrar un coche que me obligó a detenerme, con los ojos puestos en las dos jóvenes que eran mi destino. Aceleré luego el paso y desemboqué, tras un tramo sombrío, en otra plaza con iglesia y con coches aparcados: al fondo, saliendo ya de ella, pude ver a la rubia andando con decisión, como si de pronto tuviera prisa. No quedaba rastro de la monja. Miré a la puerta de la iglesia, suponiendo que habría entrado allí, pero vi que estaba cerrada; tampoco había, en la plaza, ninguna puerta que diera la impresión de haber sido franqueada unos segundos antes: mi retraso en la persecución no había sido tan largo como para que la monja se hubiera perdido de vista. Contrariado y un tanto intrigado, volví a acelerar el paso para acercarme a la otra mujer, en realidad la que más me atraía, con su larga cabellera y su figura hermosa, matizada por la brevedad de su falda. Cuando salí del callejón la vi descender por una cuesta muy empinada, a la izquierda, caminando con cierta dificultad con sus altos tacones por el suelo irregularmente empedrado. Por un instante, la rubia se volvió, no sé si sospechando mi presencia, y, en la distancia, me pareció que me miraba y que, incluso, me sonreía. Yo vacilé y di un traspies, como si de pronto me urgiera esconderme y no tuviera opción ninguna, en medio de la calle abierta y ancha por la que descendía en pos de mi perseguida. Enseguida recuperé el paso y, con firmeza, seguí caminando, como si esa calle fuera la que yo tenía que transitar forzosamente para llegar a mi destino. La rubia se metió entonces por un callejón estrecho que había hacia la mitad de la cuesta, y temí que la iba a perder de vista. Cuando llegué a la embocadura no vi a nadie; en la pared leí el nombre de

la vía: callejón de los Dos Codos. A la izquierda había un camino y otro enfrente; como ella no estaba en este último, corrí para mirar en el primero, pero tampoco pude verla, aunque transité completo el breve tramo, que desembocaba en otra cuesta por la que pasaban a un lado y a otro varias personas, algunas con cámaras de fotos: la mujer rubia no estaba en esa calle. Volví entonces por mis pasos, corriendo, y enfilé el otro tramo del callejón que, en sus recovecos y sus puertas silenciosas, había escondido, tal vez para siempre, a quien ya me estaba resultando una necesidad.

En los días siguientes ocupé las tardes en buscar a mis dos mujeres mágicas, con la sensación de que estaba viviendo dentro de un sueño o de una fantasía. No me pasó por alto la similitud entre mi aventura de aquella tarde y alguno de los relatos de Bécquer que recordaba haber leído hacía tiempo: en ellos siempre hay formas femeninas que se desvanecen como fantasmas de la imaginación, como mi rubia y mi monja. Yo recordaba con nitidez los rasgos de ambas (con menor precisión los de esta última, medio ocultos por el hábito como ya dije), pues en la soledad de la plaza del primer día pude fijarme bien en ellas: estaba convencido de que si volvía a verlas las reconocería; no eran becquerianas fantasías de una mente imaginativa, sino mujeres reales, aunque se hubieran esfumado ante mis ojos como las evanescentes figuras del poeta sevillano.

Una de aquellas tardes de búsqueda, tras agotar el tiempo y las posibilidades paseando sin descanso entre el callejón de los Dos Codos y la plaza donde las vi por vez primera, tuve que dejar mi vigilancia, tan infructuosa como en los días anteriores, para acudir a una cita con un cliente de la empresa, extramuros, donde Toledo pierde el encanto de lo antiguo y se torna ciudad moderna, con sus

calles anchas y sus avenidas repletas de coches y de semáforos. Resignado una vez más a no encontrar a mis dos mujeres, me bajé del autobús urbano en la parada que quedaba más cerca de la cafetería en la que tenía que encontrarme con el cliente. Era una calle ascendente, con algunos árboles en las aceras. Al bajarme del autobús, comencé a caminar hacia arriba. Otro autobús, de una línea distinta, pasó a mi lado y, de forma instintiva, miré hacia sus ventanillas: en una de ellas, sonriente, la monja que había perdido en una plaza del centro histórico de la ciudad agitaba la mano derecha a manera de saludo, hacia mí. Como no podía creer que me estuviera saludando, giré la cabeza, buscando la presencia de otra persona detrás de mí que pudiera ser razonablemente la destinataria del saludo de la monja: allí estaba, en efecto, cruzándose conmigo en dirección opuesta, la rubia, que, también sonriente, devolvía el saludo a la monja. Maldije la imposibilidad de dividirme en dos para seguirlas a ambas y, luego, consciente de la dificultad de ir tras el autobús, decidí volverme en pos de la rubia que, en esa ocasión, iba vestida de manera más informal, con una camiseta y unos pantalones vaqueros.

De nuevo me encontré persiguiendo a la misma mujer de unos días atrás sin saber muy bien qué me movía a ello, recreándome en sus formas y en su movimiento, olvidándome de la cita que tenía, a esa misma hora, con un cliente de la empresa. La rubia atravesó calles, se detuvo en semáforos, miró escaparates de ropa y de zapatos, entró en una perfumería, compró un frasco de perfume de marca, caro, volvió a la calle, cruzó una avenida, bajó por unas escaleras a otra calle paralela, caminó a buen paso y se metió en una cafetería; y siempre conmigo detrás, incansable. Al verla entrar en la cafetería, recordé a mi olvi-

dado cliente y decidí llamarlo con el móvil de la empresa e improvisar una excusa. Le dije que si no le importaba desplazarse a este otro café en el que había entrado mi rubia, que me había surgido un contratiempo que me impedía llegar a la hora convenida al lugar en el que habíamos quedado. Resuelto el problema de manera satisfactoria, empujé la puerta de la cafetería y busqué con la mirada a la mujer. No tardé en encontrarla, sentada a una mesa, con la mirada puesta en la entrada, como si estuviese esperando a alguien. De inmediato se levantó y alzó la mano derecha, sonriendo, haciéndome sentir de nuevo que era yo el destinatario de su saludo. Miré atrás y mi asombro llegó al límite cuando observé, a poca distancia, a la monja, con la misma sonrisa que poco antes mostraba en un autobús que circulaba en dirección contraria a la de esta cafetería en la que ahora se representaba la ceremonia de la confusión, ante mí. Me aparté cortésmente para dejar paso a la religiosa, que ahora, vista tan de cerca, no me dejaba ninguna duda sobre su parentesco con la rubia: con toda seguridad eran hermanas. Se saludaron y se besaron como si llevaran meses sin verse. Y se llamaron por sus nombres, que, al ser pronunciados por ellas, las convertían, a mis ojos, en seres reales, más allá de todas las fantasías que me sugerían sus apariciones y desapariciones imprevistas: la rubia se llamaba Mónica y la monja Fátima, las dos esdrújulas, las dos tangibles, hablando de nuevo de banalidades ante sendas tazas de café con leche. Y yo, en la mesa de al lado, esperando a mi cliente y con el deseo de que las dos mujeres dijeran algo que me sirviera para descifrar sus enigmas.

El tiempo, en la cafetería, transcurrió sin ofrecerme nada de interés: no tardó en llegar el hombre con el que había quedado, y su conversación, llena de tecnicismos y

de compromisos por ambas partes, convirtió en un fondo de sonidos sibilantes las palabras de la rubia y de la monja. Quién sabe si, en ese tiempo perdido, no se contaron secretos y se hicieron confidencias que habrían sido, tal vez, alimento para mis deseos de conocerlas. Desgraciadamente la magia se deshizo una vez más cuando las dos hermanas (para mí lo eran, aunque no tenía de ello ninguna certeza) se levantaron de la mesa y se dirigieron a la salida, dejándome en el abandono de las cifras y de los negocios, pegado a una silla de la que no podía levantarme para perseguirlas, como hubiera sido mi deseo. De nuevo las perdí, igual que el primer día, tan lejos de las calles encantadas de la ciudad vieja, pero a la vez tan cerca de la magia que habían dejado latiendo con su ausencia fría y sonora, a mi lado, en la mesa vacía que acababan de abandonar.

Cuando volví a mi apartamento, tras aquella tarde confusa, fui con decisión a la mesa que empleaba como escritorio y cogí un folio. No sé muy bien por qué ni para qué, pero anoté en la hoja la fecha del día en que encontré por primera vez a las dos mujeres; la recordaba muy bien, era el cuatro de mayo. Dejé un hueco al lado de la fecha y un poco más abajo escribí la del día en el que estaba, el de la cafetería, que era el trece de mayo. Por pura curiosidad miré en el calendario de sobremesa, donde anotaba los pormenores de mi trabajo diario, buscando las actividades que yo había previsto para esos días, pero lo que vi aumentó mi inquietud y mi sensación de estar dentro de una fantasía, de una leyenda: el día cuatro de mayo era Santa Mónica y el trece, Nuestra Señora de Fátima. Las fechas se asociaban a los nombres de las dos mujeres de la misma manera que yo entraba de golpe en una dimensión extraña, a mitad de camino entre lo real y lo irreal. Me acordé de

nuevo de Bécquer y, concretamente, de un relato suyo titulado Tres fechas, que recordaba haber leído hacía años, cuando estudiaba en el instituto: en él, Toledo ofrecía al escritor la presencia inquietante de una mujer intuida e intangible, evanescente y espiritual, como todas las heroínas del Romanticismo. En mi caso eran dos mujeres reales, no eran vanas creaciones de mi mente, pero lo que las rodeaba parecía ser una pura ilusión, la caricia deliciosa de un bello sueño que se instalaba de lleno en la vigilia, haciéndose real. Puse, al lado de cada fecha, una referencia breve: fecha de la plaza, en la primera; fecha de la cafetería en la segunda. Cuando, al día siguiente, releí la narración de Bécquer en la biblioteca del Centro Cívico de mi barrio, constaté que él también había puesto nombre a sus días misteriosos. Me falta una fecha, pensé, seguro de que mis andanzas toledanas tenían algo que ver (quién sabía qué) con las del poeta. Tenía la absoluta confianza de que, en un día próximo, volvería a encontrar a mis dos mujeres.

Así ocurrió, en efecto, el día anterior a mi vuelta a Madrid. A pesar de mi búsqueda diaria, el tiempo había pasado sin ofrecerme la recompensa de ese reencuentro tan deseado durante las largas semanas que precedieron a esta fecha. Mediaba julio y el calor del estío toledano se hacía insoportable. Yo necesitaba volver a ver a las dos mujeres antes de marcharme definitivamente y había decidido que un lugar muy posible para el encuentro podría ser la plaza donde las conocí o, en su defecto, el callejón en el que perdí a la rubia. Bien era cierto que el recorrido entre ambos lugares lo había hecho yo en numerosas ocasiones desde aquel cuatro de mayo, pero nunca me había planteado quedarme en uno de los dos sitios a esperar. Y eso fue lo que hice. Cogí el libro de Bécquer que me había comprado y me fui a la plaza del primer encuentro; allí me

senté en un escalón de una casa y me puse a leer, levantando la vista del libro cada vez que alguien pasaba por la plaza o sonaba el motor de un coche que se acercaba. Al cabo de más de una hora mi perseverancia tuvo su premio, pues el automóvil que se detuvo justamente delante de mí era conducido por Mónica, que era acompañada, como siempre, por Fátima. Al bajarse del coche, la primera me miró intensamente, como si quisiera reconocer mi rostro, mientras cerraba con el mando a distancia las puertas del vehículo.

-Buenas tardes -dijo amablemente, con el eco de las mismas palabras pronunciadas por la monja.

Yo contesté repitiendo la misma fórmula. Mónica parecía querer que se prolongara el encuentro:

-Este lugar es muy tranquilo, ¿verdad?

La miré a los ojos con avaricia, como si quisiera apropiarme de ellos y de la intensidad de su brillo azul.

-Sí -dije-; tranquilo y con mucho encanto.

-¿Viene a menudo por aquí? No recuerdo haberle visto.

-Yo a usted sí que la he visto alguna vez -contesté-. Y a su amiga también -dije señalando con un gesto de la cabeza a la monja.

-No es mi amiga; es mi hermana. Se llama Fátima y vive aquí al lado, en un convento. Yo me llamo Mónica, y también vivo cerca de aquí.

Me levanté y me acerqué a ella tendiéndole la mano.

-Yo me llamo Enrique y, aunque vivo algo retirado de esta plaza, me gusta mucho venir por aquí.

No entendía el porqué de estas presentaciones ni el empeño de Mónica en referirse a los lugares de residencia, pero me gustaba creer que todo esto podía servirme para iniciar una relación amistosa con ella. Esta vez no las per

seguí, fui acompañándolas, hablando con ellas de banalidades, por los mismos caminos de aquel día primero. Me despedí de Fátima en la puerta de su convento y continué con Mónica hasta el final del recorrido, en el callejón de los Dos Codos.

-Bueno, pues aquí vivo yo -dijo deteniéndose ante una puerta cerrada-. Tal vez nos veamos otro día, si usted sigue frecuentando la zona como dice.

Frente a ella, con sus ojos sonriéndome y con su perfume femenino tan intensamente cerca de mí, tuve la certeza absoluta de que mi necesidad de encontrar a esa mujer solo tenía una explicación: el amor. Me sentía ridículo allí parado, enamorado de una mujer desconocida y a la que, con toda probabilidad, no volvería a ver nunca: esa era mi última tarde en Toledo.

-Seguramente -dije yo.

Después nos despedimos con un apretón de manos, de manera muy formal, como si acabáramos de cerrar un trato, como me despedí semanas atrás de aquel cliente de la cafetería que me impidió salir detrás de Mónica y de su hermana Fátima. Y yo me fui, becuerianamente herido de amor idealizado, enamorado sin remedio de quien no era ya alcanzable, de quien, en su consistencia real, no pasaba de ser un sueño de mis recorridos por las calles de Toledo, la vana ilusión de unos deseos que no se iban a cumplir.

En mi apartamento, con las maletas y los paquetes de mi viaje próximo rodeándome, escribí en el folio de las fechas esta tercera, la fecha del encuentro. Reparé en que, como en el relato de Bécquer, las fechas de mi vida en Toledo serían también tres. Miré el calendario de la mesa y vi el santo del día, el trece de julio, San Enrique, con mi nombre subrayando las casualidades de los tres encuen-

tros, cada uno repitiendo el nombre de uno de nosotros: las dos mujeres y yo mismo, como si algo más fuerte que la realidad cotidiana quisiera imponernos su voluntad llena de azares. No volvería a ver a Mónica, estaba seguro; el encuentro de esa tarde había llegado con mucho retraso y no era posible ya anudar una amistad desde Madrid, por muy cerca que estén las dos ciudades. Pensé que si este encuentro se hubiera producido un mes antes, me habría dedicado a cultivar mi presencia cerca de Mónica y, tal vez, habría logrado que creciera en ella el mismo amor que a mí me dominaba, pero ya no era posible nada de eso: al día siguiente estaría en Madrid, envuelto de nuevo en la locura de las multitudes, absorbido por el trabajo y por la vida rápida, alejado de Mónica y de Fátima, desterrado inevitablemente del amor.

Cuando volví a Madrid, Toledo comenzó a convertirse en una obsesión. Su nombre evocaba en mí los meses en los que había convivido con Mónica, con su presencia percibida en cada rincón, en cada callejón estrecho. Ya casi no recordaba a Fátima; su imagen se había mezclado con la de su hermana y solo esta era la dueña de mis silencios, la señora de mis días y de mis noches. Sin embargo, no veía el momento de volver a Toledo; es más, me parecía absurdo volver y presentarme en la casa del callejón de los Dos Codos para preguntar por una mujer con la que solo había hablado una vez, de forma anodina, con palabras tan vacías como esa relación inexistente que me impedía viajar y buscar a Mónica.

Así han pasado estos casi cinco años que terminaron el día en que decidí que tenía que ir a Toledo, cuando el invierno empezaba a ceder terreno a la primavera. Tenía que encontrar el pasado y convertirlo en presente, tranquilizar mi vida de una vez; hacer posible a Mónica, aun-

que pareciera esta una idea descabellada. La incertidumbre del resultado de mi vuelta me mantuvo inquieto, desazonado, más obsesionado que nunca con la ciudad antigua a la que, por fin, iba a volver.

Mi llegada a Toledo me devolvió de golpe la intensidad de aquellos meses lejanos, en el momento mismo en que puse los pies en sus calles milenarias. El aire contenía a Mónica y yo lo respiraba con avidez, como si quisiera absorberlo todo, como si en cada aspiración interiorizara un poco más a mi amada irreal. Así la consideraba, irreal, pues tan solo fue una aparición inquietante durante un tiempo que parecía no haber existido más que en mi imaginación. No esperé más; no quería prolongar la inquietud que me invadía. De modo que me fui directamente al callejón de los Dos Codos, donde había visto por última vez a Mónica, tanto tiempo atrás, y llamé a la puerta que la había ocultado aquella tarde de julio perdida en el pasado. Al cabo de unos segundos se abrió ligeramente un balcón y una mujer anciana asomó la cabeza.

-Buenas tardes, ¿está Mónica, por favor? -pregunté. La anciana dudó un momento y luego dijo:

-¿Mónica?

-Sí -dije yo-, una chica rubia, de ojos azules, que tiene una hermana que es monja...

-Ya, ya sé quién es Mónica -me interrumpió la mujer-; cómo no iba a saberlo, si es mi nieta. Lo que pasa es que hace ya años que no vive aquí, ni Fátima tampoco.

-Y, ¿podría decirme dónde vive ahora? -pregunté.

-¿Y usted por qué la busca?

-Soy un viejo amigo, del instituto -mentí.

Tras un silencio, la anciana contestó a mi pregunta:

-Mónica vive en Segovia. Se fue allí cuando su hermana se trasladó a un convento de esa ciudad. Siempre le

gusta estar cerca de ella.

De repente, Toledo no importaba, había dejado de existir en el momento mismo en el que aquella mujer, que ya cerraba el balcón y desaparecía de mi vista, había dicho que Mónica no estaba en la ciudad. De repente fue Segovia más que un nombre y se convirtió en una necesidad, en un dolor tan profundo como unos segundos antes lo era Toledo. Yo me alejé del callejón que había sido Mónica con la intención de abandonar esa ciudad que ya no existía, pero que antes fue el escenario único de mis desvelos amorosos. Allí habían tenido lugar tres fechas mágicas que dieron sentido a Toledo, cinco años atrás. Pero aquello había pasado ya: a esas tres fechas se les añadía ahora otra más, la cuarta fecha, la que no vivió Bécquer; la fecha en la que todo el pasado se desvanecía y daba paso a un futuro incierto, en otro lugar, con otro decorado, aunque con los mismos personajes: una mujer rubia, una monja y una ciudad al fondo. Y yo, contemplándolo todo con los ojos de lo imposible.

Joaquín Copeiro

beatus ille

Como cada día, también la mañana en que te rompiste la crisma las señales horarias de Radio Nacional te invitaron a abrir los ojos, a desperezarte, a soportar el agujijón de la orina retenida durante la noche, a quitarte el esqui-jama, a vestirme con tu camisa celeste, tu traje color hueso y tu corbata roja, a recogerlo todo para ensanchar el espacio, a abrir la guantera, a sacar el frasco de colonia y el peine, y a ajustar el espejo retrovisor. Pero más allá de tu rostro en el cristal...: la ventanilla trasera, la cochambrosa furgoneta roja, su ventanilla delantera; extrañamente, la silueta de aquel desgredado y maloliente Idriss, el subsahariano que la habitaba y que nunca solía estar ahí a tales horas porque para entonces ya había salido a ganarse la vida. Y tú, entre tanto, embadurnándote la jeta de colonia, atusándote el cabello con el afán de un ejecutivo, antes de acudir, como cada mañana, a la cafetería del centro comercial.

Aprobaste tu imagen en el espejo, activaste el dispositivo de recolocación de los asientos, repasaste una vez más el estado de las alarmas, abriste la puerta, diste con la mano los buenos días a Idriss y cerraste dispuesto a abandonar por tres cuartos de hora tu lujoso habitáculo automóvil de color gris.

El día en que te partiste las piernas era martes, el martes siguiente a un lunes negro en las carreteras, colofón de un puente como la sima más profunda y oscura del Pacífico, con varias decenas de muertos y heridos que dispararon las previsiones y marcaron un hito en la historia automovilística del país. Las imágenes de la enorme pantalla líquida, extraplana, de alta resolución, que presidía el muro norte del local, y las muestras de dolor de los allegados a las víctimas, las propuestas de los expertos, las promesas de las autoridades, rebotaban contra las tazas de porcelana blanca, contra los platos y las cucharillas de alpaca, sobre el mostrador y en los estantes repletos de botellas. Tu mirada saltaba del televisor al café humeante que tanto te reconfortaba a esas horas. Pensabas, sin duda, como hacías tras los trágicos balances de las diferentes operaciones retorno, que tú no engrosarías jamás la lista de muertos. ¿Que por qué? Pues porque disponías del monovolumen más seguro del mercado, rodeado de *airbags* por todas partes menos por una llamada *posaderas*, o sea, *airbags* frontales, laterales y de cortina, y con pedales retráctiles para que en caso de colisión no acaben quebrándote las espinillas o aplastándote los huevos, luz de freno adaptativa con el fin de que no te den por el culo, sistema de monitorización de la presión de los neumáticos para evitar que un reventón te desmadre la conducción y te vayas a hacer puñetas en una curva, dirección asistida electrohidráulica para que en las frenadas de emergencia

las ruedas se agarren al firme como al cuerpo de un amante, control de frenada en curva para que no te salgas por la tangente, asistencia en las salidas en cuesta por que no te sientes sobre el morro del de atrás, faros adaptativos que en cada momento te definan con tiempo el *paralís* de la liebre en medio de la carretera, reposacabezas delanteros activos a fin de que no se te rompa el pescuezo si te arrean por donde más humilla, activación automática de los intermitentes de emergencia para que todo dios te guipe cuando te agarre la desgracia, que no te agarrará nunca, de eso estás totalmente convencido.

Y aquel martes de tu negra suerte, mientras desayunabas apalancado en el mostrador y esperabas los primeros retortijones para acudir al servicio de caballeros, pensaste en Idriss, y en que bien podías tener de una vez algún detalle con él, que a fin de cuentas erais vecinos: él dormía en su furgoneta, tú en tu monovolumen; pero ambos aparcabais en el mismo parque: él, porque su cacharro ya sólo consistía en una vieja carrocería y en cuatro ruedas pinchadas; tú, porque desde que descubriste que en el hueco entre su furgoneta y los contenedores de la basura jamás aparcaba nadie, decidiste apropiártelo para tu monovolumen, y siempre os dabais las buenas noches antes de sumiros en las profundidades de vuestros respectivos habitáculos, y jamás los buenos días, porque él madrugaba más que tú. Por eso, ese día en que habría de quebrarse tu columna de por vida, adoptaste la decisión de invitarlo a dar un paseo en tu monovolumen de última generación. Y mientras tus miserias se escapaban por la taza del váter, te compadeciste del negro y pensaste que no debería irse de este mundo sin saborear, aunque fuera en una porción ínfima, el bocado más genuinamente representativo de la sociedad capitalista que lo había atraí-

do como un imán. ¡Que experimentara el placer de volar a doscientos cincuenta por hora en un monovolumen como el tuyo, aquel monovolumen que tanto esfuerzo te había exigido y por el que estarías dispuesto a sacrificar la vida, si llegara el caso, como hiciste con el trabajo! Bueno, en realidad tú no sacrificaste el trabajo, porque nadie te dio la opción de abandonarlo o no según tu voluntad o conveniencia; de la empresa te echaron, te expulsaron sin remisión, cuando se enteraron de que malvendiste tu vivienda para comprarte el monovolumen. La empresa no podía confiar, ya te lo dijo el jefe, en alguien capaz de entregar, de esa guisa, su alma al diablo. Pero tú no sólo no te arrepentiste, sino que decidiste mandarlo todo a hacer gárgaras y largarte a vivir, a partir de ese momento, en, por y para tu monovolumen. Desde entonces, el monovolumen fue tu morada y tu descanso, ¡oh *beatus ille!*, tus piernas y tu mente, tu trabajo y tu devoción, tu familia y tus amigos, tu ciudad y tu país; la única realidad, en suma, digna de merecer la atención de tus cinco sentidos.

Pensando en todo esto y en tu jefe, te limpiaste con una toallita higiénica, de las que venden para las hemorroides en las farmacias; te atacaste el pantalón, te embutiste en la chaqueta y, frente al espejo, te acomodaste el nudo de la corbata. Finalmente, te lavaste las manos y la cara. ¡Nuevo, estabas nuevo, limpio y aprestado a ponerle el mundo por montera al volante de tu vehículo!

Antes de salir de la cafetería, pediste un café con leche para llevar, en taza grande, y dos valencianas; pagaste y te echaste a la calle. El cielo plomizo tomaba tierra en un calabobos que acabaría ensuciando las carrocerías de los vehículos; excepto la del tuyo, claro está, porque, gracias al producto hidrófobo con que lo habías brillantado la tarde anterior, no retendría agua ni polvo sobre el gris inma-

culado de su carrocería, o eso al menos aseguraba el prospecto. Caminando hacia tu coche, aunque ni por un momento presentiste que aquella lluvia menuda pudiera facilitar el accidente que te sumiría en un coma de veinticuatro días, sí creíste, sin embargo, que esa agua sería un buen aliciente para poner a prueba los recursos de tu monovolumen en la autovía; otro estímulo lo constituía el hecho de que hubiera terminado la operación retorno y la autovía anduviera casi vacía. Decididamente, invitarías a Idriss a montar en tu vehículo y a presenciar una demostración de potencia, de velocidad, de seguridad y de pericia por tu parte.

El subsahariano no se resistió a tu invitación; se alborozó incluso, y más, después de engullir el desayuno que le llevaste. Luego, los dos os subisteis a tu monovolumen. Tú lo pusiste en marcha y sintonizaste Radio Clásica, que retransmitía en diferido un festival de pasodobles. Poco después ganabais la autovía y comprobasteis enseguida que, en efecto, la densidad del tráfico era casi nula. Así que, feliz y seguro a pesar de la llovizna, pisaste a fondo el acelerador y la máquina comenzó su marcha hacia el infierno. Idriss disfrutaba y confesaba que sólo por el placer que estaba experimentando le había valido la pena arriesgar la vida en la patera; pero tú no te percaste de si tu monovolumen no sería también una suerte de lujosa patera que te alejaba poco a poco de tus raíces y te transportaba en un viaje a ninguna parte.

Durante los primeros kilómetros de autovía, los doscientos caballos de potencia de su motor hicieron volar tu máquina con una suavidad maravillosa, y todas sus estructuras cumplieron obedientes las órdenes que a través de los pedales y del volante impartiste con la alegría y el ritmo del pasodoble, ora para acelerar, ora para reducir,

ora para frenar, porque gracias a sus sistemas ESP Plus, TC Plus, CBC, con ABS, BA y frenos de disco en las cuatro ruedas, te sentías tan seguro como nunca. Idriss no se atrevía a mover ni uno solo de sus músculos, petrificado por tamaña experiencia, con el estómago encogido y la respiración retenida; pero, al tiempo, tú lo percibías feliz a tu lado mientras le descodificabas ese entramado de siglas en que se concretaba la seguridad de tu vehículo, seguramente porque por primera vez en su vida estaba viviendo algo situado muchísimo más allá de cuanto creía atisbar mirando en la televisión lo que se colaba de tu mundo en su país de origen.

Pero el festival de pasodobles finalizó a pocos metros de la curva y un locutor con voz metálica anunció la retransmisión, también en diferido, de un concierto de Cecilia Bártoli. Pensaste que, sin duda, se trataba de alguna tonadillera de la última hornada. Afinaste, pues, el oído, como buen aficionado a la canción española que eras, y reclamaste la atención de tu acompañante, hasta el punto de que sus músculos cambiaron de posición como si se tratara de un hombre estatua al que acabaran de echarle una moneda en el gorro. Mas el vibrato de la Bártoli, que, aunque espectacular, tú no supiste apreciar en su justa medida, te frustró las expectativas y ya no fuiste capaz de evitar el volantazo al pretender sintonizar, contrariado, otra emisora: tu bólico, saltándose todos sus sofisticados sistemas de seguridad, patinó sobre la película de polvo y agua del asfalto, embistió el quitamiedos y dio varias volteretas en su caída por los treinta metros de la ladera vecina.

El grito de terror de Idriss es lo último que hoy recuerdas frente al espejo que recoge tu vaho como un retrovisor y que es prueba irrefutable de que, por fortuna, continúas vivo; un espejo que vislumbra al otro lado de tus pesta-

ñas; un espejo que sostiene el propio subsahariano, único ser vivo que te acompaña en la habitación del hospital, con algunos cortes en la cara y un brazo en cabestrillo; un espejo en el que distingues tu rostro deformado por las costuras, tu cabeza vendada y un tubo en la garganta para respirar; un espejo que no puedes alcanzar con la mano porque sientes que el movimiento de los músculos te ha abandonado para siempre: lamentas la mala suerte de no haber muerto, pero Idriss te sonrío.

Índice	Pág
Lola López Díaz.....	7
Martín Lucía.....	10
Manuel González Seoane.....	14
Paco Morata.....	19
Marisa Morata Hurtado.....	24
Enrique Galindo.....	32
José Rosell Villasevil.....	37
María Antonia Ricas.....	41
Lola Muñoz.....	45
Marina Riaño.....	47
Luis Pablo Gómez Vidales.....	52
Jesús Pino.....	62
M ^a Magdalena Castaños.....	69
Antonio Contreras Lerín.....	84
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	87
Joaquín Copeiro.....	101



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Telefónica